EL MARXISMO AL DIA

3

MARX y COMTE

LUCY PRENANT

'PAGINAS'

MARX Y COMTE

El positivismo es, sin lugar a dudas, una de las concepciones filosóficas que mayor influencia ha ejercido en la América Latina. Todo el último tercio del Siglo XIX y buena parte del actual se ha vivido, en Universidades y círculos intelectuales, bajo el signo de las teorías positivistas, unas veces extraídas directamente de Comte y otras pasadas por las aguas del más moderno positivismo inglés. Por ello cualquier tema que se relacione con las sugestivas ideas de Augusto Comte reclama siempre el interés americano.

Marx y Comte, el ensayo enjundioso que sometemos hoy al público americano añade a ese interés genérico por los estudios sobre el positivismo, otro: la comparación entre las ideas comtianas y el sistema de doctrina elaborado, con genial mano, por Carlos Marx.

Marx y Comte deja dilucidados, de manera concluyente, las afinidades y discrepancias, los puntos de confluencia y separación entre dos teorías que han suscitado no pocos intentos de reconciliación.

Continuando nuestra colección de "El Marxismo al Día", este ensayo penetrante ha de satisfacer una necesidad evidente de los estudios del marxismo.

EDITORIAL PAGINAS

LA HABANA - BUENOS AIRES

COLECCION "EL MARXISMO AL DIA"

III

MARX Y COMTE

LUCY PRENANT
De la Universidad de París

☆

PAGINAS
HABANA - BUENOS AIRES

Traducción de Rito Esteban

Habana - Buenos Aires.
PAGINAS
Copyright 1947

PRINTED IN ARGENTINE

Acabóse de imprimir el día 30 de Noviembre de 1947
en los Talleres Gráficos CENTURION
Belgrano 3770 - Buenos Aires

MARX Y COMTE

ENSAYO DE

LUCY PRENANT

Sin existir lazos efectivos entre ellos, los conceptos de Comte y de Marx tienen bastantes relaciones para poder estar próximos en determinados respectos, opuestos en otros, lo que en cierta forma constituye también una manera de acercamiento. El hecho está sin duda relacionado con su respectiva proximidad en la historia y con su esfuerzo para someter todo el conocimiento a una síntesis científica. De todos modos Marx ha logrado mayor concordancia que Augusto Comte con el desenvolvimiento ulterior de las ciencias y de los acontecimientos. Se puede preguntar por qué. Se puede también investigar si determinados sabios —Claude Bernard por ejemplo— no han extraído del pensamiento positivista las consecuencias que el mismo permitía y de las cuales renegaba Augusto Comte, siendo así que, de haberlas aceptado, ellas le habrían emparentado en mayor medida con Marx.

* * *

La formación de ambos es a la vez muy diferente y sin acción recíproca. Marx tiene sobre Comte la ventaja de veinte a treinta años de juventud: veinte a treinta años de historia humana y de historia de las ciencias.

Comte vivió de 1798 a 1857. Marx de 1818 a

1883. Al nacer Marx tenía Comte veinte años. En los siete u ocho años que siguieron se construye toda la armazón de su pensamiento definitivo. Su gran obra, el *Curso de Filosofía Positiva,* se desarrolla entre 1830 y 1842. A los cuarenta años, a partir de 1838, dejó de leer, vivió de su propio fondo. Sus antecesores son Saint Simon, de Bonald, de Maistre, quienes plantearon el problema social. Sus contemporáneos: Agustín Thierry, Guizot y otros, los iniciadores de la historia científica.

Marx evoluciona hasta la víspera de la revolución de 1848. Pero cuando se interesó por el movimiento obrero no fué sino un poco después de su encuentro con Engels en París, el año 1844: dos años antes escribía en la *Gaceta Renana* que, por el momento, no atribuía él ningún valor teórico al comunismo, que no creía en la eficacia de los movimientos de masas sino en las

> ideas a las cuales no se las puede arrancar sin desgarrar su corazón. Ellas son los demonios que el hombre no puede domar más que sometiéndose.

En 1843 califica todavía la conciencia humana de "la más grande divinidad", aquella, sin duda, cuyas revelaciones son universales y eternas.

Entre 1845 y 1847, la originalidad del pensamiento marxista se afirma en una serie de opúsculos comparables, en su significación biográfica, a los que jalonan para Comte los años 1819-26. Éstos son: *La Sagrada Familia,* una crítica de los jóvenes hegelianos que denuncia el carácter burgués de ciertas utopías socialistas; las *Tesis sobre Feuerbach,* contra el materialismo mecanicista; la *Ideología Alemana,* contra la historia idealista; *Miseria de la Filosofía,* contra Proudhon y, finalmente, una verdadera síntesis: el *Manifiesto del Partido Comunista* (1847).

* * *

La historia política y social en la cual Marx se formó es rica en acontecimientos con relación a aquella en la que Comte se desarrollaba. Cuando éste alcanzaba la edad de las actividades sociales se estaba en los comienzos de la Restauración, mal repuestos aún de la sacudida que produjeron tantos acontecimientos recientes. ¡El antiguo régimen se hallaba bastante apurado al tener que gobernar de nuevo! La anarquía mental era evidente. O se era revolucionario y lector de Condorcet, o retrógrado como de Bonald, o en último recurso, ecléctico como Víctor Cousin. La ideología del 93 buscaba incluso el prolongarse en sistemas socialistas a los cuales se les llamará más tarde utopistas; en seguida aparecía la época de los

saint-simonianos y de Fourier, de Proudhon y de Louis Blanc.

Comte fué el secretario y colaborador muy joven de Saint Simon.

Las primeras crisis económicas se dejaron sentir en Francia desde 1810-1815, pero se solucionaron muy pronto. La de 1831 fué más grave ya. Comte estaba ya formado.

No cabe duda de que otro que no fuera él —un Fourier por ejemplo— podía ya encontrar a su alrededor acontecimientos que revelaban la importancia social de las condiciones materiales. Pero sus miradas propias se orientaban en un sentido muy diferente; él hubiera necesitado unos indicios más voluminosos para volver su atención hacia la vida práctica; la psicología individual completa aquí la explicación histórica.

Marx se hallaba en París a los veintiséis años, en 1844, cuando fué expulsado a Bélgica. Llamado por el gobierno provisional de 1848, se dirige en seguida a Colonia para tomar parte en la revolución alemana. Es así como eventualmente presenció en Francia la gran derrota de las ideologías socialistas que ya había él condenado de antemano en el *Manifiesto Comunista*.

1848, ¡el año de las grandes decepciones!: Louis Blanc en el poder y la mistificación de los talleres nacionales; la palabrería de la Comisión de

gobierno sobre los trabajadores... "Hablar del socialismo es casi pronunciar una oración fúnebre", decía Reybaud, escritor burgués, en el *Diccionario de Economía Política*. Para Marx eran otras tantas confirmaciones de su crítica de las ideologías utópicas.

Engels escribe en el "Anti-Dühring":

> Sin embargo, mientras que el nuevo giro de las ciencias naturales sólo había podido imponerse en la medida en que la investigación suministraba los materiales positivos correspondientes, hacía ya mucho tiempo que se habían revelado ciertos hechos históricos que imprimieron un viraje decisivo al modo de enfocar la historia. En 1831 estalla en Lyon la primera sublevación obrera y de 1838 a 1842 alcanza su apogeo el primer movimiento obrero nacional: el de los cartistas ingleses. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía pasó a ocupar el primer plano de la historia de los países europeos más avanzados... (F. Engels: "Del socialismo utópico al socialismo científico", pág. 54. Tres capítulos sacados del "Anti-Dühring".)

De una manera totalmente simétrica encontramos en el *Curso de Filosofía Positiva*:

> La generación actual, únicamente educada bajo la impulsión plenamente eficaz de la cri-

sis revolucionaria, puede encontrar al fin, por vez primera, en el conjunto del pasado social, una base suficiente de exploración racional...

Tales textos enlazan, pues, las concepciones de Marx y de Comte a los acontecimientos que les preceden o les acompañan. Ahora bien, los hechos invocados son significativos: para los contemporáneos, para aquellos cuya infancia había experimentado todavía la emoción reciente, 1879 se les representaba principalmente como la obra de los principios inmortales, de los derechos del hombre y de la ideología. Se podía ver de una parte, una manifestación del espíritu abstracto y metafísico y, de otra parte, la prueba de que las creencias evolucionan y gobiernan el mundo. Es precisamente lo que hizo Augusto Comte.

Pero los motines de Lyon se hacían al grito de "vivir trabajando o morir combatiendo". Su eco era vibrante en Alemania. La importancia social de la economía tenía que afectar un espíritu joven, ardiente, clarividente y en plena formación.

* * *

¿Qué representan en la historia de las ciencias esos veinte o treinta años de distancia entre Comte y Marx?

Engels mismo dice en la *Dialéctica de la Naturaleza* que él considera tres grandes descubrimientos como decisivos: *el equivalente mecánico del calor* (1812), que aporta la idea de la energía única bajo sus variadas formas; *la célula orgánica* (alrededor de 1830), es decir la unidad de composición elemental en toda la materia viviente; *la evolución de las especies* tal como la concibiera Darwin (1859).

Comte no ha podido ser afectado más que por el segundo de tales descubrimientos: la teoría celular. Pero no solamente él la condenó sino que la anatematizó. Para él representaba una resurrección de la mónada leibniziana; un punto de vista imaginativo y metafísico sobre la esencia interna de la materia viviente, sugerido por las imágenes confusas de un instrumento peligroso: el microscopio.

De otra parte, si bien él vivió antes de Darwin, conoció a Lamarck y sus controversias con Cuvier en la Academia de Ciencias. Ahora bien, sin ser tan categórico esta vez y admitiendo una cierta adaptación y una determinada variabilidad de las especies, él condenó la teoría general de la evolución. ¿En qué medida le hubiera llevado a una conclusión distinta la explicación por la selección natural? Algunos pasajes de las lecciones 41 y 42 parecen orientadas hacia la idea de una elección ciega de los organismos.

Lo primero que invoca él es el *principio de las*

condiciones de existencia, principio antifinalista que señala la necesidad de una adaptación mínima en todo organismo existente, por el hecho mismo de su existencia. Después, sin negar toda adaptación directa pero limitada, bajo la acción del medio, opone a esta acción la *importancia preponderante de los factores internos* en la física orgánica, y explica el establecimiento de la armonía biológica por la acción de las *eliminaciones sucesivas,* es decir, según sus pruebas, por la selección natural. A nombre de la finalidad que ella implica, descarta toda adaptación al medio demasiado generalizada.

A pesar de tales concepciones biológicas yo no estoy completamente segura de que, si hubiera vivido Augusto Comte algunos años más, hubiese sido un darwinista de la primera época. Se encuentra aquí una diferencia fundamental con Marx: el poder explicativo de la evolución, su carácter genético haciendo resaltar su valor a los ojos de aquel que quería reemplazar la ontología por la historia del mundo. Para Comte, la audacia de una teoría original constituía su tara y él se sentía considerablemente afortunado sin duda de tener una ocasión científica para rechazarla.

* * *

No solamente hay una diferencia de época entre Comte y Marx, sino de medio y de educación.

El primero es ante todo un especialista, un técnico e incluso un politécnico "antiguo alumno de la primera escuela del mundo", escribía él a Valdat. Es un francés de familia muy católica; en filosofía es un autodidacta limitado por su ignorancia del alemán. Invoca con frecuencia a Aristóteles, Bacon, Descartes; ha recibido la influencia de Montesquieu y más aún la de Condorcet y de Adam Smith; un poco menos la de Hume, que él conocía como filósofo y como historiador. El materialismo del siglo XVIII, con el cual tuvo contacto siendo muy joven, le desagrada por su carácter mecanicista y su falta de reconocimiento de una sinceridad humana media. Admira a Bonald y a de Maistre por haber querido considerar el catolicismo bajo su aspecto positivo y social. Pero incontestablemente la influencia dominante en él fué la de Saint-Simon.

En cuanto a la filosofía alemana, la conocía apenas. Su amigo d'Eichtal —un joven discípulo de veinte años— le tradujo algunas páginas de Fichte, no se sabe cuáles, antes de partir para Alemania. En 1824 Comte había leído solamente algunos extractos de las "dos críticas de Kant". D'Eichtal le puso entonces al corriente de las ideas de Herder y de Hegel en filosofía de la historia. Leyó con entusiasmo 1) un pequeño tratado

de una veintena de páginas, escrito por Kant en 1814: *Idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita* 2).

Lo que le coracteriza ante todo es una existencia de intelectual puro, de apóstol penetrado de la grandeza de su función. A pesar de sus recursos irregulares —al final de su vida había de ser, como Sócrates, sostenido por sus discípulos— él permanece siendo esencialmente un profesor de cátedra; un profesor particularmente dogmático que acabará por tomar los rasgos de un papa. Ha evolucionado siempre sin un asomo de la psicología más elemental, diciendo sus cuatro verdades solemnemente a las gentes a quienes pedía un empleo, lanzando a la vez excomuniones. Tiene la rigidez de Alceste, acentuada por no haber frecuentado los salones; rigidez de carácter; rigidez también de espíritu al cabo de un cierto tiempo: para él como para la humanidad, hay un "estado" —yo

1) A propósito de un "pequeño tratado prodigioso para la época", Comte cambia con D'Eichtal sus puntos de vista sobre Kant: "yo no me creo merecedor sino de haber sistematizado apenas su concepción (de una ley científica de la humanidad), y descubierto la ley de los tres estados", pero él distingue cuidadosamente este escrito de la *Crítica de la razón pura.*

2) La misma que cita bajo el nombre de *Introducción a una Historia General de la Especie Humana,* en nota, p. 208 de los *Opúsculos*... El admira la idea de ley social.

no se si es el "tercero", aun cuando se le reconocen a menudo tres filosofías— que es definitivo.

Es preciso agregar que este intelectual es un romántico. No lo parece en razón de todo lo que hay de politécnico en él. Y, no obstante, este hombre que apenas ha tenido nunca una existencia regular 3) y hasta hubo de desposar con una mujer por carta, este sociólogo que se alza contra los prejuicios sociales, contra los poderes constituídos y las potencias: la Academia de Ciencias, el Colegio de Francia, un ministro incomprensivo o un director de escuela superior científica que promueve una intriga contra él 4), es también de la generación de los Bazard y de los Enfantin que él desprecia. Este salvador de la humanidad, que ha nacido por azar en el momento preciso en que la historia reclamaba un comadrón, hosco, solemne y vestido con su orgullo, no lo es sin evocar a Juan Jacobo y hasta a René.

3) Durante una decena de años consecutivos (1832-1844), fué repetidor y luego examinador en la Escuela Politécnica.

4) El ministro es Guizot que no admitía crear una cátedra de Historia de las Ciencias en el Colegio de Francia, para el fundador del positivismo. El director es Arago, acusado de haber organizado un "complot" cuyo efecto hubiese constituído un fracaso para Augusto Comte, candidato a una cátedra de análisis en la Politécnica. La Academia de Ciencias cometió el error —como dice Comte al solicitar su sufragio— de creerse capaz de elegir profesores estando formada por sabios.

Marx es completamente distinto. Filósofo por educación, muy pronto tiene que llevar una existencia de exilado mezclado en la vida concreta y en contacto con los medios proletarios. Estudiante de universidad alemana, su formación había de ser muy metafísica lo que posiblemente no deja de tener relación con la fuerza sintética y el brío antiagnóstico de su pensamiento. Se sabe por él que la primera influencia que sufrió fué la de Hegel, la cual le penetró profundamente; después la de Feuerbach (1841). Poseía una cultura muy amplia. Era un conocedor de los materialistas antiguos, Demócrito, Epicuro, y de los franceses del siglo XVIII, Diderot, d'Holbach, Helvetius. En el año 1844 encontró en París, en la obra de Saint-Simon, un primer esbozo del materialismo histórico. Finalmente, fué iniciado por Engels en Londres, en la obra de los economistas ingleses.

Es clásico decir que Marx ha realizado la síntesis de una triple influencia: la de los filósofos alemanes, la de los materialistas franceses y la de los economistas ingleses.

Hegel era un dialéctico pero idealista: él había visto que la realidad se desenvolvía mediante cambios sucesivos y había concebido la lógica propia de tal cambio.

Los filósofos franceses del siglo XVIII eran en su mayor parte materialistas, pero mecanicistas: no concedían ningún valor a los cambios cualitativos de los que la materia es capaz, porque no consideraban ésta en su devenir, sino cuajada en abstracciones.

Marx sería dialéctico y materialista: no haría descansar la materia en el pensamiento, sino el pensamiento en la materia; y esta realidad la considera cambiante en su desarrollo concreto.

Pero tan pronto como el hombre se introduce en la realidad, la modificará profundamente por medio de su acción, y desde entonces, la materia así transformada es la economía. Aquí ocupará su lugar —muy elaborada y reintegrada en la complejidad concreta— la enseñanza recogida de los ingleses, principalmente de Adam Smith. Las dos influencias comunes a Comte y a Marx son las de Saint-Simon y Adam Smith. Mas para Comte tiene Saint-Simon el mérito de haber comprendido el interés de un poder espiritual y Adam Smith el de haber destacado la función social de la división del trabajo. Para Marx, Saint-Simon ha visto que la época actual era ante todo la época industrial, que él colocaba como sucesora de la edad militar. Y se le debe a Adam Smith el concepto del valor-trabajo.

Comte ha ignorado siempre a Marx. En junio de 1848, después de la publicación del *Manifiesto Comunista,* no tenía más perspectiva que la de un

comunismo utópico en su *Discurso sobre el conjunto del positivismo*.

Marx leyó a Comte muy tardíamente. ¿Acaso se hallaba también prevenido contra él por el conocimiento de los positivistas ingleses? El 7 de julio de 1866 escribía a Engels:

> En este momento estoy estudiando a Comte en los ratos perdidos porque los ingleses y los franceses hacen tanto ruido alrededor de su nombre. Lo que les seduce en él es el carácter enciclopédico, la síntesis. Pero es lamentable todo esto cuando se le compara con los trabajos de Hegel (aun cuando Comte le supere como matemático y físico de profesión, es decir, superior en el detalle, ya que incluso en esto Hegel es infinitamente superior en el conjunto). ¡Y este positivismo ordinario apareció en 1832!

Inversamente, d'Eichtal lamenta que las filosofías de la historia alemana no se apoyen en una sólida "preparación positiva", es decir, en una minuciosa cultura científica. Los reproches se cruzan por tanto, y se confirman en cierto modo.

Todo lo que precede muestra superabundantemente que entre estos dos pensamientos no se ha ejercido ninguna influencia directa, sino que se ha producido simplemente sobre un punto importante un fenómeno de "convergencia", como dicen los biólogos.

El punto importante que da una razón de ser a esta comparación es éste: para Augusto Comte como para Marx, la síntesis de las ciencias no se logra más que por una explicación de la historia, la que debe conducir a la acción política y social, a la historia aplicada.

La existencia de una comprensión de la historia que se esfuerza en ser científica, cambia por completo todos los problemas teóricos y prácticos. Ella da su pleno sentido a la expresión *verdad relativa*. Hace de la acción política y social no ya la obra exclusiva de un genio libre y creador —el legislador providencial que sale de su retiro para hacer de la ciudad su obra de arte— sino una actividad racional que debe, ante todo, tomar desde muy alto la cuestión de sus posibilidades.

Una verdad ligada a la historia es profundamente relativa. Marxistas tan autorizados como Lenin han calificado en muchas ocasiones a los positivistas, tomados especialmente en bloque, de neo-kantianos. ¿Qué es, por tanto, lo que acerca y lo que distingue a la filosofía positiva de la filosofía crítica? Lo que las acerca es un cierto agnosticismo, en grados muy diferentes, desde luego. Lo que las distingue justamente es el punto de vista histórico. Una verdad, para Kant, es relativa

a la naturaleza esencial del espíritu humano y su duración está asegurada en consecuencia tanto como dure la experiencia humana. No diré que Comte rompa completamente con esta noción de esencia eterna. La importancia casi exclusiva del factor interno en la evolución del pensamiento da a la naturaleza de la inteligencia el valor de un principio 5). Pero esta naturaleza toma la forma de una ley de desarrollo. El hombre es el hombre social sometido a la historia. Su pensamiento cambia hasta en sus modos más generales de explicación. Se conoce la ley de los tres estados; sin poder escamotear nunca una etapa, la inteligencia es primero y espontáneamente teológica; relaciona los hechos con la acción de voluntades arbitrarias y todopoderosas; luego es metafísica y se sirve de las entidades como agentes; finalmente es positiva y no entiende más que por medio de leyes. Verdad es que este último estado es definitivo, según el positivismo, lo que atenúa la importancia de la relatividad. En el período positivo Comte reduce esta relatividad solamente a los vínculos del conocimiento con la naturaleza de los órganos de los sentidos y al hecho de que

5) El clima, por ejemplo, o la raza no pueden modificar más que la velocidad "de una evolución siempre necesariamente común" (*Curso de filosofía positiva*, p. 235) ya que ella tiene su principio esencial en la espontaneidad de la inteligencia.

la ley no es en ningún caso más que una relación.

No puede por menos de ser destronado el "hombre en sí" y al mismo tiempo también es destronado el legislador providencial. De este modo la doctrina de Augusto Comte no es una filosofía que pueda ser aplicada en un momento cualquiera, aun cuando se tenga bastante ingenio; ella es la expresión de una edad mental y de un conjunto de condiciones sociales

> que debió situar el descubrimiento de las leyes sociológicas y por consecuencia la fundación del positivismo en el tiempo preciso en que yo comenzaba a filosofar: una generación después de la dictadura progresiva de la Convención, o casi desde la caída de la tiranía retrógrada de Bonaparte 6).

La relatividad es en Marx mucho más profunda todavía. No solamente hay que relacionar la verdad y las diversas formas de juzgar al hombre social, sino al hombre de una clase determinada. La verdad preponderante es la de la clase dirigente que detenta la educación, la autoridad y la palabra oficial.

Apenas hay 7) aquí nada de la ley esencial del

6) *Discurso sobre el conjunto del positivismo*, p. 64.
7) Hay leyes fundamentales del pensamiento; puesto que Marx y Engels son racionalistas, es preciso que hablen de *absurdos reales*, y por tanto de leyes intelectivas. Ellas no tienen lugar en relación con una

pensamiento, puesto que ella es una actividad que se desenvuelve por pura necesidad interna. Es ante todo instrumento, medio de acción y como tal está subordinada a las necesidades de las potencias sociales; está dominada por las relaciones humanas que la preceden y derivan de la economía.

Incluso después de la abolición de las clases, las formas del pensamiento podrán evolucionar todavía: no en razón de los intereses de un grupo, sino gracias a las sugestiones que producirán sin duda nuevos fenómenos o medios de acción de los cuales no tenemos idea y que posiblemente sean capaces de crear entre los hombres unas relaciones que nosotros no estamos en capacidad de poder suponer. No hay estado definitivo en la sociedad marxista porque no hay un alto en el progreso de las necesidades y de las invenciones, que van formando el mundo material del que surge el pensamiento humano. Esta diferencia con

aplicación general del principio de la contradicción, pero son, por ejemplo, las que pretenden disociar los dos términos de una síntesis; la que admitiría un tiempo infinito en el futuro y finito en el pasado. (Véase *Anti-Dühring*). Pero generalmente es evidente que existen procesos psicológicos constantes; sin lo cual el marxismo no podría comprender la existencia de una ciencia psicológica. Pero todas estas leyes son abstracciones intemporales que no pueden aclarar nada el desarrollo concreto e histórico de las cosas.

el positivismo nos hace elevarnos de nuevo a la posición fundamental:

Para Comte, la filosofía de la historia es idealista: las ideas dominan las costumbres, las costumbres dominan las instituciones.

Para Marx, la filosofía de la historia es materialista: la actividad del hombre precede a su pensamiento que reacciona secundariamente sogre esta actividad o, según el lenguaje de Marx: la *infraestructura* condiciona y limita la eficacia —real sin embargo— de la *superestructura*.

* * *

Seguramente que el idealismo de Comte no es perfecto toda vez que en su cuadro de las ciencias la sociología sucede a la biología.

El hombre primitivo no es contemplativo y la física social se propone, según Comte

> descubrir mediante qué encadenamiento necesario de transformaciones sucesivas, el género humano, partiendo de un estado apenas superior al de las sociedades de los grandes monos, ha sido conducido gradualmente al punto en que se encuentra hoy en la Europa civilizada.

La historia de la edades primitivas, dice en el *Curso de Filosofía Positiva*

> debe racionalmente aparecer como una sim-

ple prolongación espontánea de la historia natural del hombre.

Y en los *Opúsculos*... dice que la historia tiene su

punto de partida en la fisiología individual y debe mantenerse en relación continua con ella.

Añadiendo en la misma obra que sus caracteres distintivos no aparecen sino

a causa de la influencia progresiva de las generaciones humanas, ejercidas por unas sobre otras.

Comte no piensa tampoco de una manera rigurosa que la evolución intelectual es un fenómeno puro, aislado desde su origen y cuyas manifestaciones determinan absolutamente todos los otros fenómenos que le siguen. Su concepción de la causalidad es más compleja:

No es sino mediante una abstracción —necesaria además— 8) como se puede estudiar el desarrollo espiritual del hombre, separadamente de su desarrollo temporal, o bien el del espíritu humano sin el de la sociedad. Porque esos dos desarrollos, aunque distintos entre sí, no son independientes. Por el contrario, ellos ejercen, uno sobre el otro,

8) Y *a fortiori* legítima; aquí está la diferencia con Marx.

una influencia continua indispensable para ambos. No es suficiente apreciar de una manera general que la naturaleza de nuestra inteligencia no es posible sino en la sociedad y por la sociedad; hay que reconocer, además, que la índole y la extensión de las relaciones sociales determinan en cada época el carácter y la rapidez de nuestros progresos espirituales, y recíprocamente 9).

En su origen, Comte se representa esas primeras reacciones humanas bajo la forma de actividades vitales, materiales, y manifiesta que es indispensable una previa estructura social —entendamos por esto una previa diferenciación en clases— para el desenvolvimiento de la vida propiamente intelectual. Hasta alcanzar ese período el pensamiento se absorbe en la acción: no hay todavía ningún progreso real y duradero. "Es esta división del trabajo" (heredada por Comte de Adam Smith) "lo que constituye la condición del progreso humano"... "En los pueblos pastores y en los pueblos agricultores" —cuando la vida es ya menos precaria—

esta condición fundamental está con fre-

9) *Opúsculos*... (aquí el de 1825), p. 189. Las relaciones sociales actúan, por tanto, no solamente sobre la velocidad, sino también sobre el *carácter* de nuestros progresos espirituales. Texto de juventud. Comte no dirá lo mismo más adelante.

cuencia muy lejos de ser cumplida. Se necesita, por otra parte, que la organización social sea lo bastante avanzada para permitir el establecimiento regular de una clase de hombres que, dispensados de los cuidados de la producción material y de los de la guerra, puedan entregarse de una manera continuada a la contemplación de la naturaleza (*Opúsculos*... p. 189 - 190).

Nos hallamos finalmente en la República de Platón... la inteligencia es, en su realización propia, *contemplativa*. Ella reclama que se la separe de la acción, que ésta se consagre a su servicio. Las necesidades prácticas no impelen apenas a conocer, pero deben satisfacerse con bastante comodidad para no absorber tampoco la función del conocimiento. Constantemente, el desenvolvimiento espiritual y el desenvolvimiento temporal accionaron y reaccionaron él uno sobre el otro: mas como dos principios que no se mezclan. Bastará que el espíritu sea liberado de esta actividad primitiva para perder toda marca de la promiscuidad primera; no entrarán en juego más que los intereses especulativos para la satisfacción única de las necesidades de esmero 10).

10) Yo, esquematizo para destacar mejor la tendencia principal de A. Comte. Seguramente que una de las funciones de la ciencia es la de constituir "la base racional de las artes". Pero "ante todo, su destino más directo y más elevado es el de satisfacer la necesidad fundamental que experimenta nuestra inteligencia en conocer las leyes de los fenómenos" (2ª lección, tomo 1, p. 35). A propósito de las afinidades de los proletarios con el positivismo, podríamos esperar a ver cómo aborda la función directa de la acción en el conocimiento. Pero Comte anota solamente "que sólo los *operadores* están directamente en contradicción con la naturaleza y experimentan mejor que los *empresarios* "la eficacia especulativa" de la industria" (*Disc. sobre el espíritu positivo*, cap. 63) Habla como de pasada del "instinto de la realidad" que tienen en común con los filósofos (*Disc. sobre el conjunto del positivismo*, p. 126). Podríamos señalar, sobre todo, esta "armonía de la ciencia y del arte", esta reacción de la industria sobre el pensamiento que habitúa el espíritu a contar, no con la providencia, sino con las leyes y con la intervención humana (*Disc. s. el esp. posit.*, *cap.* 24); mas semejante régimen presupone la evolución histórica y la acción espontánea de la ley de los tres estados. Sobre las relaciones de la inteligencia y de la práctica, véase más adelante.

La clase pensante es primitivamente la clase sacerdotal; la inteligencia es mantenida por las actividades inferiores cuando los sacerdotes son sostenidos por la sociedad. Ellos conservan sus privilegios gracias a las creencias teológicas extendidas y crean tales creencias merced a la libertad de reflexión que les proporcionan sus ocios: una primera interacción entre lo espiritual y lo temporal viene aquí a concordar con la ley de los tres estados (*Opúsculos*, p. 190).

La mentalidad va de este modo evolucionando más o menos rápidamente pero de manera uni-

forme. Los cambios de velocidad solamente se explican por causas físicas o fisiológicas; por el clima o por la raza sobre todo:

> esta velocidad debe ser determinada esencialmente según la influencia combinada de las principales condiciones naturales relativas, de una parte al organismo humano y de otra parte, al medio en el que se desenvuelve... Estas son precisamente las causas secundarias a las cuales concedía Montesquieu demasiada importancia (*Curso de Filosofía Positiva*).

La inteligencia no tiene más que una manera de manifestarse. En el individuo como en la raza ella no puede variar más que su ritmo y en la débil medida en que puede transformarse una especie animal:

> En cuanto... a un cierto mejoramiento gradual... me parece racionalmente imposible... de no admitir aquí, hasta un cierto grado, el principio irrecusable del ilustre Lamarck... No se puede, a mi parecer, negarse a admitir, sin que en todo caso se haya pronunciado suficientemente, una actitud natural más grande para las combinaciones de pensamiento en los pueblos muy civilizados... (*C. de F. P.* - Tomo IV).

El verdadero factor del desarrollo es la natu-

raleza humana: esencialmente, la naturaleza de la inteligencia humana. Se la separa en lo sucesivo de todas relaciones con la vida cotidiana económica, con las relaciones humanas que esta vida implica. Los sacerdotes no comen, al parecer; no dominan a sus servidores, no administran sus bienes —o si lo hacen, no contraen hábitos mentales— o si los contraen, saben desembarazarse por completo para comprender los fenómenos. Por su parte, aquellos que mantienen la vida material de tales espíritus puros, les aceptan su pensamiento sin la menor reacción. En fin, la lucha primitiva por el mantenimiento de una vida precaria no se traduce en un esfuerzo de progreso. Espera pacientemente que el espíritu trate de desprenderse de las explicaciones teológico-metafísicas; es solamente entonces cuando ella le da "la impulsión enérgica que resulta de las necesidades de sus aplicaciones", y cuando acelera sin transformarlo —el desarrollo de nuestras facultades pensantes que tienen demasiado poca actividad propia (*C. de F. P.* Lección 40).

Sólo la transformación de nuestra manera de pensar ocasiona la de nuestra manera de vivir. El principio es absoluto en tal forma —en esta filosofía de lo relativo— que Augusto Comte escribe:

> Por ello ninguna ley de sucesión social,

indicada incluso con toda la autoridad posible por el método histórico, no deberá ser finalmente admitida sino después de haber sido racionalmente relacionada, de una manera por lo demás directa o indirecta, pero siempre incontestable, a la teoría positiva de la naturaleza humana (*Ibd.* El subrayado es mío. L. P.).

La ley de los tres estados es por tanto una verdad primera, un principio de la razón que, por decisión del autor, ningún hecho podrá tener nunca el derecho de invalidar. Desde que la función contemplativa se encuentra desembarazada de las preocupaciones vitales va a desenvolverse la humanidad siguiendo una necesidad totalmente interna 11).

* * *

Esta actividad intelectual es espontánea. Es "una inclinación natural e irresistible" (*Opúsculos*)... "que únicamente puede explicar la psicología cerebral". Este es un hallazgo afortunado que no implica finalidad alguna.

Si nosotros no hubiéramos estado predispuestos a imaginar teorías, no hubiéramos podido nunca observar ningún hecho; se distingue sola-

11) O progresar; las dos palabras tienen el mismo sentido para Comte. (C. de fil, posit., t. IV).

mente lo que se puede encuadrar por medio de una idea; aquello a lo que se puede dar un sentido:

> Si contemplando los fenómenos no los relacionamos nosotros inmediatamente con determinados principios, no solamente nos será imposible combinar tales observaciones aisladas y por consecuencia obtener ningún fruto, sino que seremos incluso incapaces de retenerlos y lo más frecuente será que los hechos queden inapercibidos bajo nuestros ojos (*C. de F. P.* Tomo I).
>
> En cualquier orden de fenómenos que pueda darse, incluso respecto de los más simples, no es posible ninguna verdadera observación sino cuando ella está inicialmente dirigida y finalmente interpretada por una teoría cualquiera (*Ibd.*, t. IV).

La naturaleza de las primeras teorías se explica por la imaginación humana, por un egocentrismo ingenuo, por una ambición ilimitada de conocimiento que la experiencia no ha escamoteado aún (*Ibd.*, t. I). La evolución tendrá lugar a la vez gracias a las primeras observaciones recogidas y merced a la necesidad lógica de simplicidad: nuestros principios explicativos tenderán a unificarse en sistema al mismo tiempo que ellos se comprueban en el contacto con la experiencia.

Esta función de la experiencia puede aparecer

como opuesta a la naturaleza interna del desenvolvimiento humano. Sin duda que no habría interacción verdadera entre los hechos y el pensamiento más que si nunca pudiera un hecho actuar verdaderamente sobre el pensamiento: obligarle a inventar una forma explicativa nueva y no siempre previsible por el principio de la física social, eternamente contenida en la esencia de la inteligencia. Sin embargo, el paso de un estado al siguiente no es totalmente espontáneo puesto que la resistencia de los fenómenos naturales tiene que impulsarlo.

Así el hombre pasará del fetichismo al politeísmo por que la experiencia se concilia mejor con la idea de una naturaleza inerte gobernada por los dioses, que con la de una naturaleza completamente arbitraria (*Opúsculos* . . .) y también porque el hombre es llevado a abstraer, a aislar el principio activo del hecho natural. Progresivamente, por simplificación, el número de los dioses se funde en la unidad. Después, siempre por los progresos combinados de la observación y de la abstracción, Dios se hace cada vez más ajeno al detalle de los hechos; dirije el mundo desde muy alto; su intervención directa no se produce más que cuando las leyes son desconocidas.

Dios es todavía demasiado viviente y personal, interviene aún con exceso en la experiencia para

que se pueda pasar directamente del monoteísmo al estado positivo. La razón abstracta predomina en este caso completamente sobre la imaginación; detrás de los fenómenos no se sitúan más que "entidades", ideas consideradas como seres. Es el triunfo de la abstracción. La unificación progresiva conduce a la entidad "naturaleza" que preside, "inútil e inofensiva", el cuerpo de las ciencias.

Entonces es conveniente apartarse para pasar al estado positivo.

En la medida en que los hechos lo permitan, el esfuerzo de simplificación recaerá en adelante sobre las leyes: relaciones constantes de simultaneidad o de sucesión entre los fenómenos. Se renuncia a las viejas ideas de causa y de substancia que no representan nada de realizable para un pensamiento que pretende apoyarse sobre la experiencia. O, mejor aún, se renuncia al uso de tales ideas en las ciencias, pero no a la creencia en su valor absoluto. Ellas expresan una realidad inaccesible al pensamiento humano. ¿Cuál es exactamente la significación de esta modestia? Yo lo examinaré más adelante (Ver pág. 75-77).

Este desenvolvimiento espontáneo en el que la experiencia no interviene sino a título de alentadora y por la impulsión que da el éxito, no se realiza simultáneamente en todos los dominios: es en esto en lo que más actúa la naturaleza del hecho.

Comte construye una "gran escala enciclopédica" donde él superpone, en un orden de independencia, de simplicidad y de generalidad decrecientes, las seis ciencias abstractas que ha destacado como esenciales. Bien entendido que las más simples pueden evolucionar antes que las otras a las que ellas explican, y el orden de desenvolvimiento histórico responde aproximadamente al orden de desarrollo lógico. La realidad tiene sin duda gran complacencia en responder así, por medio de principios jerarquizantes, a las exigencias del pensamiento. Pero Comte no olvida señalar aquí la independencia de la experiencia: su clasificación de las ciencias es artificial, como toda clasificación. De este modo la física depende, en su conjunto, de las leyes de la mecánica celeste que ella completa para reunir fenómenos menos simples; pero la observación astronómica se apoya sin embargo en la óptica. Basta con que la escala enciclopédica no sea arbitraria y sea lo mejor posible. Comte se olvida añadir: en el estado actual de nuestros conocimientos; y por eso limita el papel del hecho externo que puede llevar el pensamiento a modificar su orden de explicación; él desdeña la importancia de la simultaneidad de los fenómenos en la realidad y mantiene el valor del desenvolvimiento de la línea que hace siempre preceder de manera absoluta al efecto —totalmente pasivo— o la causa, solamente activa. Sobre esto todavía tendré que insistir (Ver pág. 74-76).

* * *

Ha expuesto en primer lugar el desarrollo intelectual de la humanidad porque es el que dirige toda la historia. Hay en verdad reacciones de la estructura social, del clima y de la raza, pero siempre bajo la forma de variaciones de velocidad, como ya hemos visto; ningún pueblo puede saltar jamás ninguna etapa ni transformarla. Existe un cuerpo social estáticamente situado. Su principio motor está en sus creencias. Gracias al *consensus* —a la solidaridad y a la interacción de los elementos—, desde que las ideas penetran este sistema de relaciones, él se pone en movimiento.

> La estática social es en el fondo racionalmente inseparable de la dinámica —a pesar de la utilidad real de una tal distinción intelectiva— puesto que las leyes de la existencia se manifiestan *sobre todo* durante el movimiento (*Curso de Filosofía,* t. IV. —lo subrayado es mío. L. P.).

Y Comte parece dar aquí la mayor importancia al movimiento. Pero la independencia profunda entre sus leyes y las de la existencia sólo puede permitir "la utilidad real de su distinción intelectiva". No se trata aquí sólo de una abstracción

prácticamente legítima. De este modo se hallan implícitamente establecidos a la vez, el valor de la idea de substancia (la *cosa* que aguarda al movimiento), y de causa independiente de su efecto. En este caso particular la causa es la inteligencia.

Claro está que habiendo penetrado la inteligencia el cuerpo social, a los tres estados intelectivos corresponden tres estados activos. La humanidad ha sido correlativamente: militar con el espíritu de conquista en la antigüedad; militar con el espíritu de defensa en la edad media; finalmente industrial... y sin duda por esto, pacífica 12) en los tiempos modernos.

Durante el estado teológico, mientras que las circunstancias geográficas lo permiten, la sociedad se organiza teocráticamente con la preponderancia de una casta de sabios. Esto fué así en Egipto, Caldea, Indostán, Tibet, China, Japón, Perú, etc., y, probablemente, México. No había entonces divisiones en el trabajo intelectivo: Moisés es a la vez sacerdote, filósofo y sabio. Un sistema tal es ordenado y resistente, y precisamente por su resistencia obstaculiza el cambio, porque toda im-

12) Como para Saint-Simon. No es que ocasionalmente no pueda haber guerra de origen industrial. Comte no lo ignora pero, en su principio, piensa que la industria tiene necesidad de la colaboración internacional y de la paz.

piedad es una sedición. La división del trabajo 13) es indispensable al progreso.

Ella se efectúa de una forma espontánea, pero en Grecia las circunstancias la han acelerado. De una parte, los conocimientos eran importados de Oriente y por tanto eran, desde su origen, exteriores al orden social. De otra parte, la actividad militar, suficiente para impedir un régimen teocrático, no lo era para absorberlo todo como ella lo hizo en Roma. Este conjunto afortunado crea la distinción entre los sacerdotes y los filósofos posibilitando la metafísica (V. *Opúsculos*... "Consideraciones filosóficas sobre las ciencias y los sabios" - Noviembre 1825). A su vez las investigaciones físicas se liberan y los sabios no fueron ya confundidos más con los filósofos (*Ibd.*). Al mismo tiempo, éstos —Platon sobre todo— prepararon el paso del politeísmo al monoteísmo.

Este fué el primer fundamento del sistema social establecido doce siglos después y hacia el cual expresa Augusto Comte su entusiasmo. ¡Admirable división de los dos poderes, el temporal y el espiritual! La única dominación de Roma, creando la decadencia del régimen de conquistas, crea las condiciones sociales de este sistema. La

13) Una vez más encontramos aquí la influencia de Adam Smith.

unidad católica de la Edad Media bajo la autoridad del Papa es una derivación (*Ibd.*).

Pero la separación entre la ciencia y la filosofía introduce un principio de decadencia. La física liberada entra en conflicto con la teología, con el poder espiritual (*Ibd.*). Galileo es condenado por la Inquisición. La decadencia se agrava espontáneamente por la extensión de las ideas metafísicas a la vida moral y social. Se crea una oposición directa al clero (*Ibd.*). Es la gran crisis de cinco siglos que se manifiesta primero por la Reforma y luego por la Revolución Francesa.

Después de la Revolución y en la cercanía de 1848, la situación se caracteriza por la anarquía mental. La revolución metafísica ha sido realizada en 1889. Queda por realizar la revolución positiva

> pues el conjunto de la situación moderna impone en lo sucesivo satisfacer a la filosofía una inmensa necesidad social. (*Discurso sobre el conjunto del positivismo*, p. 58).

La primera revolución ha abortado porque, careciendo de apoyo en la experiencia social, ella no podía tener sino una doctrina negativa. De aquí la necesidad de orden y de reacción que se ha derivado; el deísmo de Robespierre y las conquistas de Bonaparte.

Las críticas de de Maistre han provocado después una reacción que ha conducido el espíritu de

progreso: un espíritu revolucionario nuevo, desilusionado de las doctrinas metafísicas y de los grandes principios abstractos. De este modo se ha visto emplear sucesivamente principios tales —como la libertad de enseñanza— en los dos campos adversos a veinte años de distancia. (*Ibd.*). Un partido conciliador no ha podido sino dar pruebas de su inanidad orgánica mediante una vana imitación empírica de Inglaterra. La filosofía científica no tiene que hacer más que poder demostrarse para reorganizar la sociedad. Ella no reclama, para su pacífico advenimiento social, más que la libertad de opinión.

* * *

¿Cuáles son los rasgos esenciales de esta filosofía de la historia?

Ella está separada de toda evolución cósmica y más especialmente de toda evolución zoológica. Por consecuencia, el hombre con toda la complejidad de su vida y de su inteligencia, aparece en el mundo no se sabe cómo y el misterio de los orígenes es un elemento del agnosticismo de Comte. La historia, el progreso indefinido, las transformaciones incesantes no señalan su originalidad sino en los hechos humanos y acentúan de este modo su oposición a la naturaleza.

Pero el idealismo histórico no está esencialmen-

te ligado a esta separación. La concepción positivista del mundo, aún cuando sea estática y abstracta, hubiera podido no obstante aceptar un sentido histórico más profundo de las sociedades humanas. Hubiese bastado para ello dar a la inteligencia un papel más vital, más activo; romper así el cercado del pensamiento puro. Inversamente, si Comte hubiera podido conocer a Darwin y —vamos a suponerlo— aceptar el evolucionismo, la espontaneidad de una inteligencia encerrada en su dominio especial y persiguiendo sus fines propios, le bastaría para considerar toda la historia como sometida a la ley de los tres estados, de los cuales el tercero es definitivo. Si se desea relacionarlo con un texto citado anteriormente [14] se verá muy claramente que la inalterabilidad del movimiento mental no es más que un caso especial del predominio concedido al factor interno en biología. Con su carácter específico contenido en el germen, la inteligenia, muda por su necesidad original de comprensión, *se encuentra* adaptada a la vida del hombre en el universo. Este es un encuentro fortuito, favorable, sin el cual la especie no hubiera sido viable posiblemente. Pero ella no se ha adaptado, no ha pensado *para vivir;* ella es, por naturaleza, contemplativa. Esto es lo que explica la función de las ideas en la historia.

14) Ver p. 37, cita 1. El texto completo (*Curso*... lec. 48) destaca más aún la ligazón entre la rigidez formal de la inteligencia y la fijeza relativa de un carácter biológico.

El conocimiento es desinteresado e independiente de la acción. Para darse cuenta de cuánto es ella en sí misma una "necesidad profunda e imperiosa",

> basta con pensar un instante en los efectos fisiológicos del *asombro* y considerar que la sensación más terrible que nosotros podemos experimentar es la que se produce todas las veces que un fenómeno nos parece realizarse contradictoriamente a las leyes naturales que nos son familiares [15].

Sin duda que la inteligencia no está aislada, incluso nuestra vida subjetiva, pero ella debe existir en primer lugar.

> Los pensamientos deben ser sistematizados antes que los sentimientos y estos antes que los actos (*Discurso sobre el conjunto del positivismo.* 1848).

A pesar de que las necesidades puramente

15) *Curso de filosofía positiva,* lección 2ª. Véase también en *Opúsculo*... toda la espontaneidad del desarrollo mental: "es preciso mirar esta ley... (de los tres estados) desde el punto de vista físico de la necesidad, es decir, como derivación de las leyes naturales de la organización humana y desde el punto de vista moral de su indispensabilidad... una inclinación natural e irresistible conduce al género humano a ser teológico antes que físico..."

mentales sean sin duda las menos enérgicas de todas las inherentes a nuestra naturaleza 16), su existencia directa y permanente es sin embargo incontestable en todas las inteligencias: ellas constituyen el primer estímulo indispensable para nuestros diversos esfuerzos filosóficos demasiado frecuentemente atribuídos sobre todo a los impulsos prácticos que los desarrollan mucho, es verdad, pero que no podrían originarlos 17).

Lo que ha ocurrido en realidad es que los sentimientos y los actos han tomado útilmente la delantera, sobre todo cuando se ha tratado de un arte de la mayor importancia que habría tenido necesidad, para ser racional, de la difícil elabora-

16) Nótese la diferencia con el texto citado más arriba, tomado de la 2ª lección del *Curso...* Esta lección fué publicada en 1830. El discurso sobre el espíritu positivo aquí citado, es de 1844.

17) *Discurso sob. el esp. posit.*, p. 30. Véase también el *Disc. sob. el conj. del posit.* (1848), p. 20, sobre las "actitudes prácticas" del espíritu positivo "inherentes a su origen". En las pág. 316-318 insiste: "emanado" de la vida activa, el pensamiento retrocede luego de haber descubierto su principio efectivo. Este es el pasaje menos puramente intelectualista que yo conozco en las obras de A. Comte. Pero en el mismo *Discurso...* se ha visto (pág. 20, citado más arriba) un texto que muestra muy bien que la independencia del desarrollo del pensamiento no está afectada. Esta "emanación" a partir de la actividad debe interpretarse sin duda con ayuda del texto de los *Opúsculos...*: ella no permite ningún progreso real.

ción de una ciencia excesivamente compleja, a saber, la medicina, tributaria de la fisiología 18). Y es bien sabido también que ha sido necesario hacer concesiones al empirismo en política antes del advenimiento de la física social. No obstante llega un tiempo en el que toda preocupación práctica, inmediata, entorpece la ciencia.

> Aquellos que rechazaban como absurda la idea de confiar a los navegantes el cultivo de la astronomía acabaron probablemente por encontrar extraño el uso de abandonar, de una manera análoga, los estudios biológicos a los ocios de los médicos (*Ibid.* p. 149).

Es suficiente recordar el pasaje bien conocido de la segunda lección en donde Comte, siguiendo a Condorcet, invoca las investigaciones desinteresadas de los geómetras griegos sobre las secciones cónicas y su aplicación inesperada, después de varios siglos, a la navegación (*Ibid.* t. I, p. 36).

De este modo el interés especulativo y el interés práctico logran todo beneficio en separarse, ya que son principios puros que persiguen fines distintos. Así como en la vida social, en que la división del trabajo tiene que destacar las funciones específicas de las diversas categorías abstractas: filósofos, mujeres, proletarios, industriales (Véase

18) *Curso...*, p. 148. El empirismo sirve para superar el estado metafísico.

más adelante p. 35-39 y 52-55), así también una especialización profesional tiene que separar al sabio del práctico; y esos son los efectos de exigencias *esenciales* para las diferentes *naturalezas*.

¿Necesidad pedagógica de claridad, o supervivencia de entidades escolásticas? Persistentemente Comte indica que jamás la coexistencia y la interacción de los factores los alteran en sus propiedades. Esto es más que un "predominio" de los elementos internos y originales: es una perennidad garantizada y la cual hace que en ningún caso pueda la actividad práctica reaccionar profunda y cualitativamente sobre las formas sucesivas del desarrollo mental.

Se comprende de qué manera la vida social ha de tener en cuenta este antagonismo entre el pensamiento y la acción, y toda la importancia que se puede desde luego conceder a la separación del poder temporal y el poder espiritual.

La filosofía marxista de la historia puede parecer en cierta manera, el contrario casi sistemático de esta doctrina. Ello sería sin embargo una interpretación simplista y falsa: si en la doctrina positivista, las ideas conducen el mundo, no se podría concluir de esto, por simetría, que en el materialismo histórico ellas carecen de eficacia.

Un ejemplo mostrará la manera como Marx —o Engels, que viene a ser lo mismo— interpreta la

historia. Para Comte la idea de igualdad representa una de esas entidades metafísicas que han provocado la Revolución francesa y que no tienen sino una función destructiva. La sociedad debe ser estructurada 19); es el conocimiento de los deberes respectivos antes que de los derechos 20), lo que ha de permitir organizar la actividad de los miembros en interés del grupo. Y la ciencia positiva inducirá los espíritus a aceptar esta solidaridad orgánica y diferenciada, a desearla incluso cuando los individuos sean conscientes de su origen social: de este modo la sequedad de la cultura científica especializada cederá el lugar al sentimiento provocado por la síntesis final (*Disc. sobre el conjunto del positiv.*). "El amor por principio, el orden por base, el progreso por finalidad (*Ibid.* p. 915) conducirán a repartir en funciones distintas, si no desiguales, la actividad de los filósofos, de las mujeres, de los proletarios y de los

19) Comte critica la divisa: "libertad, igualdad" que, según él, es contradictoria; la libertad conduce a la ampliación de las diferencias individuales (V. *Disc. s. el conj. del posit.*, p. 374-377). Condena el "funesto desorden universal" (V. *Disc. s. el espíritu posit.*, p. 140).

20) Hay que reemplazar la "vana y tormentosa discusión de los derechos" por una "fecunda y saludable apreciación de los deberes". (*Disc. s. el esp. posit.*, p. 145). La reivindicación de los derechos políticos es un error de la Convención (*Disc. s. el conj. del posit.*, p. 129-135).

industriales. Pero ¿no ha sustituído el positivismo, sin tener conciencia de ello, la abstracción de los derechos del hombre con otras abstracciones: las de los deberes propios a los "filósofos", a los "proletarios" y a los "industriales"? Él no ha seguido históricamente, en su vida real, la noción de igualdad. Si la ha localizado en un instante privilegiado, la ha aceptado sencillamente, tal como ella se presentaba a la sazón, bajo su forma idealizada, a las conciencias de los que pensaban reivindicarla totalmente y que le daban, de hecho, la extensión correspondiente a sus intereses. Bajo el lenguaje abstracto y, en efecto, metafísico, el motor complejo y concreto se le escapa. Así es que, a su vez, él es inconsciente de todo lo que recuperan de histórico, de circunstanciado por una estructura social dada, esos "deberes" de categorías sociales que él pone para la eternidad, como pone, por otra parte, su "escala enciclopédica".

Desde el punto de vista marxista, la igualdad es un elemento de superestructura en evolución; dicho de otro modo, ella expresa por medio de la conciencia la influencia directa o indirecta de una organización económica que se transforma y sobre la cual reacciona. La igualdad en sí, valor moral eterno, es una ficción, pero una amplia igualdad de los derechos humanos será posiblemente un día una realidad histórica, a la vez en los códigos y en

las conciencias: un hecho consumado y una evidencia adquirida.

En las comunidades primitivas había la mayor igualdad entre los hombres del grupo. Entre los griegos y entre los primeros romanos había diferencias entre los hombres libres y los esclavos; los ciudadanos, los súbditos, los protegidos de Roma y los bárbaros. Bajo el imperio romano, esta diversidad se desvaneció progresivamente para quedar solamente la distinción del hombre libre y del esclavo. El cristianismo no conoció más que una igualdad verdadera entre todos los hombres: la del pecado original. No existe igualdad ante la gracia divina; todo lo más entre los elegidos. En sus comienzos, la comunidad de los bienes significaba mucho más la idea de solidaridad entre perseguidos que la de igualdad humana. Muy rápidamente se estableció la oposición de los sacerdotes y los laicos.

Las grandes persecuciones suprimieron las veleidades en torno a las ideas igualitarias para establecer una jerarquía complicada. Pero al mismo tiempo, ellas lograron hacer que entrara Europa entera en el movimiento histórico, crearon un sistema equilibrado de Estados y prepararon de este modo los caminos para la idea de los derechos del hombre.

La Edad Media feudal llegaba, por otra parte,

a formar la clase que había de reivindicar más tarde la igualdad: la burguesía. Limitada primeramente al artesanado, la actividad económica de esta clase llegó a tomar una amplitud siempre en aumento —y necesariamente en aumento— (ver *Manifiesto Comunista*, párr. 4, 8 y 14), a partir del instante en que la gran navegación alcanzó a abrir los mercados del mundo.

> El oro y la plata de América inundaron Europa y penetraron como un elemento de descomposición en todos los huecos, fisuras y poros de la sociedad feudal.

De este modo se creó una verdadera contradicción entre el régimen económico y el político; entre la potencia financiera de la burguesía y su subordinación social; entre sus necesidades de libre concurrencia y la tiranía de una reglamentación corporativa y aduanera; entre sus deseos de *fair play* (jugada limpia) y la multiplicidad de los privilegios locales. Siendo oprimida, la burguesía se convierte en el campeón de todas las clases sojuzgadas, es decir de todas las clases laboriosas. Por otra parte ella tiene interés en que el obrero pueda alquilarle libremente su fuerza de trabajo. Y los "derechos del hombre" nacen en los filósofos del siglo XVIII. La igualdad de los valores atribuibles en economía a todo trabajo humano sostiene inconscientemente esta ideología (véase *Anti-Dühring*, cap. I, sobre toda esta historia de la idea de igualdad). Ella se extiende necesariamente de los obreros a los campesinos, ya que se tiene necesidad de crear una base; franquea las fronteras y adquiere una extensión universal, en razón del equilibrio y de la equivalencia de los Estados.

Por abstracta que sea esta ideología, nada puede ella sin embargo contra una dificultad económica. La Constitución americana

> sancionaba sin parar la esclavitud de los hombres de color que existían en América: los privilegios de clase eran anatemas, los privilegios de raza sacrosantos (*Anti-Dühring*, cap. I).

A pesar de todo, los proletarios han recogido en los principios burgueses todo lo que podía contribuir a encuadrar su reacción espontánea. Por consecuencia lógica o por instinto revolucionario, ellos reclaman la abolición de las clases: "Toda reivindicación igualitaria que va más allá, cae necesariamente en el absurdo" (*Ibid.*). Ese "más allá" es la hipótesis de los dos hombres abstractos de Dühring, desnudos, despojados de todo sexo, de toda edad, de toda particularidad intelectual o moral. La extensión progresiva de los derechos del hombre no puede apartarse de consideraciones siempre concretas.

¿Qué nos muestra este ejemplo? Una *economía agrícola*, esclavista por necesidad técnica, sostiene *la igualdad de los ciudadanos libres*. Por otra parte, una centralización política amplía y simplifica la nación. Pero una *ideología* como el cristianismo, *no basta* para destacar plenamente el principio de la igualdad humana y todavía menos para instalarlo socialmente. Fenómenos de origen sin duda económico, como las invasiones, vienen a complicar la jerarquía debida al imperialismo romano. Entonces se desarrolla el artesano por la técnica de la Edad Media. Y este crea la clase que, fortificada por el progreso económico, reivindicará *para sus intereses propios* la igualdad con la nobleza. En ese momento, sin embargo, esta reivindicación se plantea como un principio: ella *se universaliza por las exigencias originales de la "super-estructura"* o pensamiento consciente. Esto no impide que cuando el principio podía estorbar por su carácter abstracto se supiera modificar, como lo testimonia la declaración americana de los derechos. En conclusión, la economía induce y la idea se enuncia con sus necesidades lógicas propias. Pero aquí también es preciso agregar: en la medida en que la economía lo permite.

* * *

Nada es definitivo porque nada es aislable y sometido a una fórmula simple. Comprender el desenvolvimiento de la inteligencia como si él fuese anterior e independiente del medio natural, es abstraer y es limitar. El juego de los progresos técnicos, de las estructuras sociales y de las exigencias mentales se renovará así durante largo tiempo en que el hombre actué, invente y piense.

Para compilar enteramente la realidad concreta, esta filosofía de la historia se considera por consiguiente materialista y dialéctica.

Ella es materialista pero no a la manera mecanicista del siglo XVIII. No encierra la materia para la eternidad en una pobre fórmula consituída por dos o tres abstracciones: extensión y movimiento, o fuerza y movimiento, o energía y masa. Ella no reduce "lo superior a lo inferior", como dice Comte: el fenómeno complejo cuyas propiedades son originales a los fenómenos más simples que entran en su composición pero se transforman por sus nuevas relaciones. No reduce tampoco la acción ideológica, aquella que se cree absolutamente desinteresada, a la acción intencionadamente hábil. Por ello Augusto Comte protestaba contra la tesis del sacerdote incrédulo que hace del dogma un instrumento consciente de dominio (*Opúsculos*...), de igual modo que Marx considera la acción de clase como frecuentemente

inconsciente para aquellos que la realizan (*Páginas escogidas*).

Nuestras ideologías disponen de resortes secretos. Existe una ideología política, la de 1789, por ejemplo, que reivindica los derechos del hombre y sirve a los intereses burgueses, consagra el derecho de propiedad tradicional y abroga los privilegios, no las clases.

Existe una ideología religiosa. El protestantismo y su culto del hombre en general ¿no recibe su inspiración de este valor abstracto que la economía internacional de los tiempos modernos pone en circulación?

Existe una ideología moral. Por ella se ha convertido una forma histórica de la propiedad en derecho eterno y sagrado.

Existe una ideología artística. Una creación estética como la danza, por ejemplo, puede tan pronto inspirarse directamente en la actividad económica —como en el caso de las cazas mímicas de ciertas sociedades primitivas—, como manifestar la mentalidad de una clase, explicada por su ociosidad, y ésta misma explicada por la economía —tal es el minué del siglo XVIII (V. Plejanov: *Las cuestiones fundamentales del marxismo*. Capítulo IX).

Los hechos son complejos y la interpretación puede tropezar con dificultades. ¿Cómo ha sido

posible, por ejemplo, que movimientos burgueses como el romanticismo, el nietzscheísmo, hayan podido considerarse como antiburgueses? Pero el marxismo proporciona un método de investigación, y un problema no debe ser otra cosa que una ocasión de aplicarlo (*Ibid.*).

El hecho mismo del atractivo de una estética perteneciente a una vida social extinguida constituye todavía un problema, y de una amplitud muy especial. Marx ha esbozado una solución a propósito del arte griego, tan atractivo para los modernos: no es la expresión de un canon de belleza absoluta; tiene para nosotros el encanto de la infancia feliz, normal, serena, despejada (*Páginas escogidas*). En los términos psicológicos la interpretación será hoy fácilmente considerada, casi por todos, como evidente. Pero Marx nos hace remontar a más altura: hasta la actividad espontánea o automática que sirve de base a ese psiquismo y que se enlaza ella misma con una economía. ¿Podemos negarnos a seguirle hasta allí?

También existe una ideología científica. No hay duda de que la connivencia de lo real es difícil de obtener y la potencia de acción es una buena piedra de toque para el valor de las ideas. Es por lo cual todo agnosticismo es condenado por Marx. Por ello la herencia de las investigaciones se transmite en una medida tan grande. Esto no impide

que las formas de pensamiento hayan variado; que la geometría de Euclides, por ejemplo, haya perdido su carácter de verdad necesaria; que se haya llenado el abismo que separaba la demostración y la experiencia para un griego. Esta pureza de la idea, de la que se tenía en Alejandría un sentido agudizado, en tiempos de los primeros geómetras, ¿representa una simple exigencia espontánea de la técnica mental al servicio de la ciencia? ¿No tiene ella ninguna relación con el desprecio del hombre libre para el trabajo manual del esclavo?

La importancia de las diferencias sociales no quiere decir que el conocimiento no ha de variar más, y hasta en sus formas generales, después de la supresión de las clases: el progreso técnico contribuirá a la renovación de la psicología humana. La acción no nos entrega la cosa toda entera y nos lleva a captarla desde un punto de vista especial que nos da posesión de ella. Más aún: la cosa en sí misma es sin duda una vieja ficción puesto que todo lo que es real es activo, se transforma y expresa la concordancia que provoca esas transformaciones. Ninguna definición esencial, ningún juicio detenido conseguiría por tanto agotarla

En historia, es decir en el dominio humano, la *materia* es todo el marco exterior de la vida, todo lo que precede y envuelve un plan de acción más

evolucionado. La noción es relativa; lo que sirve de base a una realización es materia con relación a ella: todo termina así por ser absorbido y materializado. Para el hombre, la base de las ideas y de los fines conscientes está en su espontaneidad, en sus hábitos activos y pasivos. Las ocupaciones que regulan la vida y las relaciones sociales crean tales hábitos. La economía crea esas ocupaciones y el soporte de la economía está en los recursos naturales de un país.

Las condiciones en las cuales se cría un niño; la adaptación a determinadas técnicas: luz eléctrica, ascensor, pluma fuente, etc. expresan a la vez una época y una clase social, una estructura económica. Ellas crean disposiciones previas, oscuras, que limitan siempre las posibilidades de reacción. La determinación va así, pues, *en primer lugar de abajo arriba*: esto es lo que Marx entiende traducir por *materialismo*.

Pero se produce una *reacción activa de arriba abajo*: por ello ese materialismo es *dialéctico*. Las primeras formas de la materia no contienen de antemano todo lo que aportarán las últimas, que introducen un cambio verdadero. Se admite la reacción psicológica y, sobre el psiquismo confuso, la reacción ideológica.

De este modo

...en aquellos períodos en que la lucha de

clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase dominante en el seno de la sociedad antigua, que un pequeño sector de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; principalmente una parte de los ideólogos burgueses, que han logrado teóricamente ver claro los derroteros universales de la historia (Marx-Engels. *Manifiesto Comunista*, p. 22-23. Ediciones Sociales. La Habana).

Las condiciones geográficas limitan las posibilidades económicas, las condiciones económicas limitan las posibilidades físicas; unas y otras limitan las posibilidades ideológicas. Pero entre estos límites hay lugar para la eficacia de los diversos factores que resultan de interacciones infinitamente complejas. El pensamiento modifica de tal manera al mundo que lo natural del hombre es lo artificial. La acción de la conciencia no es absolutamente creadora: ella acaba por injertarse en una acción inconsciente que la encuadra. Pero no es nula: y he aquí por qué el conocimiento de la doctrina marxista para la clase obrera, por qué la existencia

de un Partido comunista, han de tener una eficacia [21]. La *superestructura* es capaz de modificar muy realmente la *infraestructura* y el marxismo no es nada semejante a un fatalismo.

* * *

Sin vestigio de agnosticismo, esta comprensión por la acción recíproca entraña, pues, para el conocimiento, una movilidad y si se quiere, en este sentido, una relatividad esencial.

¿Puede concebirse límite alguno a la relatividad así comprendida?

En un juego de factores excesivamente complejo, el espíritu no tiene ninguna captación. Tomemos como ejemplo la historia humana: comprenderla es dominarla por alguna previsión. Para conseguirlo hay que admitir seguramente ciertos principios reguladores; un proceso interno de desarrollo, que circunscribe en cierta medida la maleabilidad del porvenir: tal es la primacía reconocida a la infraestructura y la función generatriz del progreso desenvuelto en la economía. Puede aplicársele, por ejemplo, para explicar la transfor-

21) "Teóricamente (los comunistas) llevan la ventaja a las grandes masas del proletariado, de su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales del movimiento proletario" (Marx-Engels: *Manifiesto Comunista*, p. 26).

mación a la que es sometido el capitalismo: el mismo juego de la competencia extraña, sin posible interrupción, la amplificación de las empresas y después la crisis de superproducción; la gran industria privada crea el proletariado, su enterrador (Marx-Engels. *Manifiesto Comunista,* p. 25). Las reacciones de la superestructura no pueden tener por lo tanto un alcance indefinido. Ni las de los individuos que desempeñan en la historia una función incontestable, pero muy limitada; la época sabe suscitar siempre, en poco tiempo, la personalidad necesaria (véase Plejanov: *Cuestiones Fundamentales del Marxismo*). La autoridad de un método no puede venir, por lo demás, sino de ciertos caracteres esenciales a los fenómenos.

Mas esos caracteres están aquí reducidos a su orden de aparición inevitable; a pesar de todas las interacciones, sólo él ofrece una explicación absolutamente general: no hay economía humana que no suceda a la naturaleza física; no hay ideología cuyas reacciones no sean precedidas, y por tanto limitadas, por una estructura económica. Sobre una porción ya dada de la curva, puede preverse su desviación próxima. Pero no se comprende de este modo ineluctablemente —como con la ley de los tres estados— la historia total, la historia futura. Marx no impone absolutamente un orden de sucesión tal como clan primitivo, estructura social antigua u

oriental, luego feudal, después capitalista, más tarde socialista. Engels escribía ya en 1882:

> Si la revolución rusa es la señal para la revolución obrera de Occidente y ambas se complementan mutuamente, el actual régimen comunal ruso podrá ser el punto de partida para un proceso comunista (F. Engels. Prólogo a la ed. alemana de 1890 del *Manifiesto Comunista*).

Tal es la flexibilidad del método que permite aceptar el paso directo del comunismo primitivo al comunismo evolucionado y que impide también, por el contrario, toda construcción minuciosa y demasiado anticipada de la sociedad futura. Se puede confrontar el texto citado con aquellos de Augusto Comte en los que insiste sobre la imposibilidad de escamotear una sola etapa en la ley de los tres estados en los que sólo admite variaciones respecto de su velocidad de realización y en aquellos otros en donde se complace trazando minuciosos programas del porvenir. Se le puede también confrontar con los hechos que le dan un carácter casi profético: ciertos pueblos siberianos, al contacto con la revolución de la U.R.S.S. y ante su desarrollo especialmente occidental ¿no han franqueado directamente el paso de un comunismo primitivo, o poco menos, al comunismo evolucionado?

La historia está en Marx, ante todo, en continui-

dad con la evolución cósmica. Pero toma un carácter original por la intervención activa del hombre que transforma el mundo.

Por su método, esta filosofía se propone estudiar genéticamente todos los fenómenos sociales en las condiciones completas que encuentran ya dadas a su aparición, y tiene en cuenta su reacción original.

Por eso se esfuerza por recoger la realidad concreta; el hombre en la naturaleza, el pensamiento claro en el hombre y la dominación progresiva de la naturaleza, comprendido el hombre por el hombre.

* * *

Ambas doctrinas —positivismo y marxismo— conducen por tanto a una política.

Augusto Comte ha señalado bien que la consecuencia del determinismo histórico es lo contrario del fatalismo.

Partiendo de la concepción de una sociología, todos los fenómenos pueden ser desde luego considerados como modificables, salvo "los que están ligados a nuestra existencia planetaria". El espíritu positivo se desembaraza de la admiración beata ante el orden natural, siempre imperfecto, incluso en astronomía, pero aun más en el grado y medida que los fenómenos se hacen cada vez

más complejos y más modificables. Incita a la acción y nos lleva a considerar las

> modificaciones artificiales de las que ésta economía fundamental (el orden natural) es susceptible desde tantos puntos de vista, toda vez que ellas aportan el destino principal de nuestra cordura.

Él invita a renunciar al bien absoluto, y presentándose firme y digno tiende a hacer del hombre

> el único árbitro, dentro de ciertos límites, del conjunto de su destino. (*Discurso sobre el conjunto del positivismo*, p. 29)

Comte pretende por tanto hacer, en cuanto expresa las exigencias del momento, la "revolución positiva". Pero no es por esto por lo que se llama corrientemente un revolucionario. Las prensas de imprimir y la libertad de enseñanza serán sus mejores armas (*id.* pág. 18) : y esta es la consecuencia lógica de la primacía de la inteligencia en la evolución social. Bastará llevar a los hombres — al menos en la Europa occidental, bastante evolucionada— a tomar conciencia de la orientación espontánea propia a su progreso histórico; por ello podrán salir del malestar que sufren por no haberlo comprendido todavía.

Las soluciones concretas propuestas son bastante menos originales de lo que pensaba su autor, y Labérenne ha destacado, además, su carácter reaccionario. Esquemáticamente, ellas vienen a dar el poder político a los "empresarios" y a marcar profundamente las diferencias de sexo y de clase. Hay que señalar, no obstante, que, para Comte, el gobierno no es *sino* el poder temporal; y que una diferenciación de grupos sociales no es una subordinación, sino una división del trabajo. Los filósofos, las mujeres y los proletarios están dispensados de la administración de las cosas, como debió estarlo la Iglesia en la Edad Media. El espíritu, el corazón y la energía de la sociedad son así liberados de las preocupaciones materiales. Si, a este respecto, los industriales abusan de su función —una función y no un derecho— las víctimas pueden usar de su poder moral, vituperar, anatematizar, y, en último término, recurrir al derecho insurreccional.

Comte habla de los proletarios con una simpatía que parece sincera, sin ser protectora. Cuenta con ellos para comprender el positivismo, como Descartes contaba con las "gentes honradas" para comprender la verdadera filosofía: su buen sentido no ha sido alterado por una cultura deformadora. En la sociedad futura, deben ellos, como las

mujeres 22) recibir la enseñanza completa de la gran síntesis científica.

> En el fondo, el Estado no debe dar instrucción más que a los proletarios... La deuda sagrada... no se extiende de ningún modo a las clases que pueden adquirir cómodamente la instrucción que ellas deseen. (*Discurso sobre el conjunto del positivismo,* p. 174).

Solamente los proletarios, preservados del "régimen académico" que "ha estrechado tanto el espíritu, secado el corazón y enervado el carácter", serán capaces de tomar el poder

> hasta la terminación del interregno espiritual, es decir, durante una generación al menos.

Poco aptos para las funciones administrativas, ellos lo son indudablemente para la especulación puesto que son, sobre todo, los que suministran los nuevos filósofos del Colegio occidental; pueden serlo también para la autoridad suprema y para "todas las altas funciones temporales que exigen una verdadera generalidad..." Hará falta, pues, "transferir revolucionariamente el poder central a algunos eminentes proletarios" (*id.* pág 194,95, 96). Se trata, precisémoslo, de una dictadura de proletarios y no del proletariado.

22) Sobre la educación de las mujeres: la misma que la de los hombres menos la educación profesional. (V. *Disc. s. el conj. del posit.*, p. 244-248).

En el dominio económico, Comte es demasiado partidario de la división del trabajo para no señalar la distinción entre los *empresarios*, de una parte, que tienen una función directiva, y los *operarios*, de otra parte [23]). No va más allá de Saint-Simon en romper con las formas tradicionales de la propiedad. Pero no es liberal, sin embargo. Por el contrario, protesta contra la abstracción del *homo oeconomicus*. Esta "separación irracional" del consenso humano "ofrece un síntoma irrecusable de la naturaleza esencialmente metafísica de las doctrinas que la toman por base". (*Curs. de fil. posit.*, p. 142). Es una teoría revolucionaria que sistematiza la anarquía; sin espíritu histórico, ella hace la crítica de la política industrial, útil en su tiempo, de los antiguos poderes europeos. Y peor que esto; erige

> como dogma universal la ausencia necesaria de toda intervención reguladora de cualquier clase...

De manera que, en cada ocasión grave,

> ella no sabe qué responder de ordinario a las necesidades más urgentes de la política sino

23) *Disc. s. el conj. del posit.*, p. 175-176. Y también *Disc. s. el esp. posit.*, p. 147: "el verdadero programa social de los proletarios" consiste en "asegurar convenientemente a todos, *primero* la educación normal, *después* el trabajo regular" (Subrayado por mí. L. P.)

> por la vana reproducción de esta negación sistemática... Sin reflexionar que todas las cuestiones humanas, vistas bajo un determinado aspecto práctico, se reducen necesariamente a simples cuestiones de tiempo, osan responder a todas las quejas que, a la larga, la masa de nuestra especie e incluso la clase previamente lesionada, deben terminar por experimentar, luego de tales perturbaciones pasajeras, una mejora real y permanente: lo que, a pesar de la incontestable exactitud de esta consecuencia necesaria [24]), puede ser considerado como constituyendo, de la parte de esta pretendida ciencia, una respuesta verdaderamente irrisoria, de la que parece olvidarse que la vida del hombre está muy lejos de soportar una duración indefinida. (*Ibd.* p. 145-46).

El Estado positivo no suprimirá las crisis ya que los fenómenos complejos son los más imperfec-

24) Es la explicación clásica de las crisis por la necesidad de un tiempo de adaptación del mercado a cada salto en la producción, debido al progreso técnico. Comte toma la cuestión de un modo abstracto; da de lado las repercusiones, en un mercado libre, de los variados poderes adquisitivos de los diversos consumidores y muestra decididamente que el mejoramiento de las condiciones materiales para los unos no perjudica a los otros si la producción total aumenta (V. *Curs. de fil. posit.*, p. 145).

tos; las enfermedades de la sociedad son todavía más inevitables que las del organismo. Pero sabrá preveerlas, suavizarlas, abreviarlas. Jamás olvidará el aspecto completo y humano de las cuestiones.

Se puede por ello reprochar al positivismo, después de haber condenado las entidades metafísicas, el haberlas usado para fijar definitivamente el destino esencial de los grupos sociales; se le puede reprochar, por su concepción de una inteligencia puramente contemplativa y de una psicología separada de su base material, de haber entregado los agentes del poder espiritual a la merced de los dueños temporales; podemos finalmente, después de las declaraciones de Comte sobre la originalidad de la sociología, sobre la irreductibilidad de los fenómenos superiores a los inferiores, extrañarnos de verle someter tan firmemente el carácter *orgánico* de la sociedad 25). Pero no hay que ver en todo ello sino una inconsecuencia de orden intelectual, la que se encuentra en su concepción indecisa de la ciencia —relativa, subordinada a la experiencia y progresiva en principio— a menudo dogmática y limitada en la práctica. Comte no ha sido nunca, en todo caso, el agente de los intereses de una clase, sino que más bien, en toda su vida

25) A este respecto es menos independiente de espíritu que Cournot y más dogmático frente a los hechos.

y en todas sus reacciones 26), ha representado el tipo del intelectual contemplativo; posiblemente, en el curso de sus despropósitos filosóficos más acusados, hasta el tipo del profesor que toma sus medios pedagógicos por realidades y sus abrazos por la arquitectura del mundo. Creer demasiado profundamente en los abrazos es dividir en dos compartimentos la ciencia y la sociedad. No hay duda de que el gusto por la especulación contemplativa explica también esa primacía del orden que domina sus preocupaciones sociales. Estos son rasgos de su carácter intelectual mucho más que elementos armoniosos con toda su doctrina y tendré ocasión de volver sobre ello.

El marxismo no es en modo alguno fatalista, muy al contrario: es revolucionario. Pero lo es de una manera completamente distinta que el positivismo. Para él, una revolución no es una crisis excepcional, ligada a un estado definido de la evolución mental; es la expresión social del progreso dialéctico propio de la realidad.

26) Por ejemplo, expone dogmáticamente a los miembros de la Academia de Ciencias hasta qué punto la compañía está mal reclutada, en una carta en la que pide la creación de una cátedra para él en el Colegio de Francia; ataca brutalmente en un prefacio a Arago, director de la Escuela Politécnica al mismo tiempo que necesita de él para conservar su puesto en la Escuela. (Sobre este aspecto de la psicología de Comte, véase su *Vida*, por Gouhier).

Una revolución expresa a la vez el poder de las ideas y su limitación. Ella requiere la propaganda, el esfuerzo, decisiones y una conciencia más o menos precisa de sus condiciones previas; pero queda encuadrada por las fuerzas obscuras que la preceden. No es comparable con la del juego ciego de una reacción química, ni con una conversión puramente lógica obtenida por demostración: pongamos que sea la síntesis.

Hay, ante todo, en el mundo *transformaciones cualitativas producidas por transformaciones cuantitativas.* Por ejemplo, no se es capitalista desde que se está en posesión de dinero:

> Para poder vivir aunque no sea más que dos veces mejor que un obrero ordinario, y transformar en capital la mitad de la plusvalía producida, hay necesidad de poder emplear ocho obreros, si cada obrero da el tercio de su tiempo de trabajo en plusvalía al empresario (Marx, *El Capital,* t. II).

Estos cambios pueden aparecer *bruscamente;* más o menos seguramente. Es difícil fijar el momento preciso en que, por su nivel de vida, el poseedor del dinero se convierte en capitalista. Mas por el contrario, si las transformaciones del burgués francés, de Luis XI a Luis XVI, se verifican en un progreso continuo, ellas realizan un salto en 1789; si las relaciones sociales rusas y occidentales se desenvuelven primero evolutivamente, bajo Pedro el Grande, ellas realizan un salto 27); del mismo modo que cuando el agua entra en ebullición o comienza a congelarse (Engels, *Anti-Dühring*).

Fijémonos en el dominio humano: esas transformaciones bruscas son, por lo demás, *violentas.* Para quien aisle la inteligencia, una revolución puede concebirse de una manera semejante a aquella de que habla Kant en el momento que "Thales u otro" abandonó el empirismo por la demostración racional en matemáticas. Pero un historiador materialista concibe la superestructura como emanante de intereses demasiado vivos para no dar su significación afectiva y usual a la palabra revolución.

Sin embargo, la revolución no es el principio esencial de las transformaciones sociales. Ella no tendrá razón de ser —al menos en su forma violenta— cuando las diferencias de clase hayan desaparecido. Si, de otra parte, las transformaciones no llegan a ser nunca de origen puramente ideológico, la consciencia adquirida de las situaciones históricas, cada vez más extendida en la masa, las hace cada vez más voluntarias: aquí también aporta el hombre a la naturaleza una profunda nove-

27) Plejanov: *Cuestiones fundamentales del marxismo*... "De los saltos en la naturaleza y en la historia", p. 92.

dad. El único factor permanente del progreso humano es la técnica.

* * *

La próxima y sin duda última revolución se realizará por un proceso bien conocido, ligado a las exigencias internas del régimen económico actual: el capitalismo. Este régimen nació del ensanchamiento de los mercados, a causa de los grandes descubrimientos del Renacimiento y por consecuencia de los progresos de la técnica marítima. Él ha creado nuevas relaciones humanas que entrañaban la ruina del artesanado. El jefe de taller se transformó en comerciante, es decir en productor que no se interesa más en sus productos, sino que los trata como valores abstractos, propios para rendir beneficios. La competencia arruina progresivamente a la clase media que va a engrosar el ejército del proletariado, a dificultar más el mercado de trabajo y hacer bajar los salarios. La concentración de capitales, el paro forzoso, las crisis, surgen necesariamente de ese juego ciego de fuerzas: la competencia empuja al capitalismo a la muerte inmediata por subproducción y mal rendimiento, o a la muerte lejana por sobreproducción. Por su progreso, el régimen desarrolla la técnica; "la característica de la edad burguesa" es el desbarajuste incesante de la producción,

la creación de nuevas necesidades que requieren nuevos productos. La sociedad moderna "recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que desencadenó" (Marx-Engels: *Manifiesto Comunista*). Las empresas se hacen cada vez más vastas, más complejas en su administración, más maduras para la socialización. La conquista del poder por el proletariado se hará con ocasión de una crisis terminal. No sin lucha, desde luego, puesto que se trata de intereses puestos en juego, pero tanto menos violentamente cuanto la situación sea más avanzada y los espíritus más conscientes.

* * *

El hecho de estar ligados a una filosofía de la historia ocasiona sin duda cierta analogía entre el punto de vista de Marx y el de Comte: ellos tienen una manera histórica de expresar juicios de valor sobre los estados anteriores. Comte hace la apología de la Edad Media y acepta como una enfermedad de juventud "tan inevitable como indispensable", la Revolución de 1789. Marx habla con simpatía de un cierto "idealismo" de la vida artesanal; él no desconoce en modo alguno los servicios esenciales rendidos por la burguesía a la técnica.

Pero el sentido profundo de un porvenir ili-

mitado y lo que puede representar un verdadero cambio cualitativo, está aquí, como en las ciencias, dado al marxismo por su concepción de la complejidad concreta. El positivismo abraza la consecución de los tiempos con la ley de los tres estados. Augusto Comte prescribe minuciosamente los engranajes de la sociedad después de la revolución positivista: hasta la segunda dentición, por ejemplo, el niño recibirá la educación física. La enseñanza de las ciencias comprenderá trescientas sesenta lecciones. Establece el programa de las fiestas colectivas; está todo completo a falta de su presentación tipográfica. El porvenir está imaginado sobre el calco de las costumbres presentes, tales como "la vuelta de Francia" de los obreros: esos "viajes proletarios" se extenderán a todo el occidente sin interrumpir la enseñanza, gracias a "la homogeneidad de la corporación filosófica" (*Disc. s. el conj. del positiv.* p. 173).

Marx es siempre refractario a tan ingenuas descripciones de la ciudad futura. Pero el cambio que él concibe es de otro modo fundamental. Representará el fin de una forma histórica de la propiedad: la propiedad privada del capital. Y sufrirá en la estructura modificaciones completas: se renovará toda la moral de la propiedad; de la familia, en tanto que se halla fundada sobre el dote y la herencia; de la nación, mientras esté asentada sobre solidaridades y rivalidades económicas.

Más allá de esta profunda transformación social no es del caso decretar ni prever. La filosofía marxista de la historia se establece sobre una explicación coherente del pasado —que nos es dada por entero— y del porvenir inmediato, previsto en 1847, y cuya verificación se persigue en 1936. Para los problemas más lejanos el marxismo no propone sino un método; habrá que abordarlos cuando se pueda ver dibujarse, por la evolución de la técnica, la evolución de las relaciones humanas hasta el punto que la mutación final no afecte más que a superestructuras, acciones personales y contingencias de sus últimas modalidades concretas.

* * *

El positivismo y el marxismo remiten su comprensión de las sociedades humanas a una comprensión más general del mundo. ¿Cuáles son sus bases filosóficas? Se ha dicho de Comte que era idealista, neo-kantiano, agnóstico y mecanicista. Para juzgarlo hay interés en cambiar el orden cronológico a fin de precisar el sentido mismo de esos términos que los marxistas le han aplicado.

La base filosófica del marxismo es la dialéctica materialista.

Maublanc nos dió a conocer excelentemente lo que es la dialéctica y cómo la tomó Marx de Hegel. Muy sumariamente diré que es una lógica del cambio que comprende, como uno de sus casos especiales, la lógica del reposo o lógica clásica impuesta por el principio de identidad 28). Para Hegel, las ideas se realizan por su necesidad interna: se engendran unas a otras por medio de contradicciones superadas. Hay dos clases de contradicciones: unas son absolutas y estériles, como escribir y borrar; negar lo que se acaba de decir por un simple y vago "no". Otras son fecundas y sólo por ellas progresa el pensamiento. Los conflictos que crean son precisos y las dos tesis antagónicas son superadas por una síntesis que las domina, las absorbe: la negación de la negación es una nueva afirmación, más rica que la primera.

Para Marx, la dialéctica de Hegel es un juego del espíritu que toma sus ideas por seres; en realidad no son sino abstracciones sacadas de la experiencia física. Es preciso volver hacia la realidad concreta. La dialéctica se halla en la materia.

Pero no hay que convertir a su vez la materia

28) Ibid. p. 99-101.

en abstracciones; aprisionarla en una definición esencial. La materia es de donde nosotros sacamos nuestras ideas, y a lo que nosotros podemos aplicarlas; existe, independientemente de nuestro pensamiento y les precede en el mundo, mientras que lo contrario es falso 29).

Definirla más concretamente es paralizar el progreso de la experiencia, es ser mecanicista. Porque la experiencia cambia. Ella adquiere nuevas propiedades en el curso del tiempo y por un progreso cuantitativo; realiza los conflictos y las síntesis creadoras que Hegel colocaba en el mundo de las ideas y son, por ejemplo, familiares al químico. Una dosificación, gota a gota, actúa gradualmente hasta que pone en evidencia una reacción de manera brusca; una variación regular en las proporciones de los elementos simples componentes, hace aparecer un cuerpo nuevo en una serie homóloga en química orgánica; un ligero aumento de peso rompe un equilibrio en mecánica; las metamorfosis individuales, las mutaciones de especies, en el dominio de la vida; las revoluciones en las sociedades humanas: tales son los saltos por los cuales se realiza el cambio.

Una tal concepción del mundo, tan profundamente histórica, es de un "relativismo absoluto"

29) Véase más arriba, p. 33-34 la concepción de la materia respecto del hombre y la historia.

—si podemos llamarlo así— puesto que ninguna verdad es total, ni definitiva, ni desprendida de nosotros; puesto que nuestra actividad elige, para conocerlos, los aspectos de lo real que le interesan, y que por esto mismo ella transforma. Sin embargo, aquí no hay el menor rasgo de agnosticismo: ninguna "cosa" se disimula bajo un revestimiento móvil de influencias que, aisladas, nos afectarían; ninguna réplica activa de la que el éxito no sea expresivo de su objeto; ningún mito de la contemplación indolente de una imagen inerte, puede disimular el valor de la potencia científica. Por lejos que llegue nuestro conocimiento más allá de la intuición sensible e ingenua, más allá de la reacción primitiva, él viene de la materia y se torna dominador, probándose por esto; si retrocede en el tiempo o en el espacio, por complicado que sea el objeto que estudia, ningún límite podría tampoco, a este respecto, detenerle definitivamente.

* * *

¿Se puede oponer justamente y en sus principios, el pensamiento de Comte al de Marx? Dicho de otro modo ¿es Comte idealista?, ¿agnóstico?, ¿mecanicista?

Idealista a buen seguro. Pero importa precisar en qué sentido y hasta qué punto. Yo pienso

que lo es en sociología exclusivamente y por razones que se refieren con cierto agnosticismo y cierto mecanicismo.

La filosofía positiva nunca deja de señalar la relación del conocimiento y el pensamiento humano. La ciencia enfoca la satisfacción de necesidades humanas, "necesidades de dirección o de contemplación" (*Discurso sobre el espíritu positivo*, p. 34). Toda actividad mental que perdiera de vista ese principio sería "quimérica y ociosa", y "no hay que apartarse del hombre sino para mejor volver a él" 30).

De todos modos el pensamiento de Comte es muy diferente, en su antropocentrismo, al de los idealistas ingleses, incluso al de John Mill. Para el positivismo el hombre es el hombre social, comprendido en el marco del hombre biológico, com prendido él mismo en el marco del mundo:

> No se puede entonces concebir ya, en el fondo, más que una sola ciencia, la ciencia humana, *o más exactamente social*, de la que nuestra existencia constituye a la vez el prin-

30) *Disc. s. el esp. posit.* p. 34-39. En su tabla análitica, el editor (la Sociedad Positivista) resume así los párrafos: 19—"La unidad mental no puede ser objetiva, es decir, producida por el universo, como lo pretende el materialismo". 20—"La unidad mental es subjetiva: relacionando todas nuestras concepciones con la humanidad, la unidad se hace más completa y estable que relacionando todo con Dios".

cipio y el fin, *y en la cual vienen naturalmente a fundirse el estudio racional del mundo exterior* a doble título de *elemento necesario* y de preámbulo fundamental (Lo subrayado es mío. L. P.)

No hay más que una verdadera experiencia: la que es objetiva; la intuición psicológica no es instrumento de conocimiento 31) y aun menos medida de la realidad.

Pero la inteligencia —cuya ley de desenvolvimiento es completamente espontánea— y los órganos de los sentidos que la documentan ¿no son a la vez factores y límites en esta elaboración de nuestra experiencia? Comte mismo se refiere a la distinción kantiana de lo subjetivo y de lo objetivo 32). La palabra "fenómeno" es de su lenguaje. El dice expresamente que el espíritu positivo afirma la relatividad de nuestro conocimiento a nuestra organización psicológica; a nuestra evolución social. Y agrega todavía:

31) *Curso de fil. posit.*, p. 18-21, la crítica del método positivo en psicología.

32) *Disc. s. el esp. posit.*, p. 37. Por lo demás, Comte desvía esas expresiones de su significación. Para él "lo subjetivo" debiera ser la naturaleza necesariamente humana de nuestra ciencia, es decir, "lo objetivo" kantiano y su subordinación a nuestras necesidades; lo subjetivo sería la relación de nuestra ciencia con el mundo real, esto es, nada que corresponda exactamente con un elemento del sistema kantiano, sino una noción que podría ser, en cierta medida, cercana de la "cosa en sí".

...nuestras especulaciones... están... subordinadas al conjunto de la progresión social de manera que no pueda nunca implicar esta fijeza absoluta que los metafísicos han supuesto. Ahora que la ley general del movimiento fundamental de la humanidad consiste, a este respecto, en eso que nuestros teóricos *tienden cada vez más a representar exactamente como los sujetos exteriores de nuestras constantes investigaciones* (Lo subrayado es mío. L. P.).

La relatividad consiste aquí, al parecer, en el carácter esencialmente inacabado de la ciencia. Estamos bastante lejos del mundo kantiano de la experiencia, tan ajeno a la realidad intemporal y no espacial de la misteriosa "cosa en sí". Para Comte, el pensamiento humano crea tan poco de la experiencia que ella se encuentra limitada por el número de órganos de los sentidos, no por formas a priori, y que la sumisión ante el control del hecho permite distinguir el espíritu positivo —con su atributo "real"— del espíritu metafísico. Toda la física es aquí inductiva, apoyada solamente en principios que Kant llamaba empíricos.

El mismo Comte ha dicho que él no era materialista. Pero en todo momento, por otra parte, él se las entiende con los principios del mecanicismo:

la reducción de lo superior a lo inferior; la negación de la originalidad relativa propia de ciertas formas de la experiencia. Es el espíritu que anima toda una crítica sostenida en el *Discurso sobre el conjunto del positivismo.*

> Un verdadero filósofo reconocería el materialismo tanto en la tendencia de lo vulgar de los matemáticos actuales a absorber la geometría o la mecánica por el cálculo, como en la usurpación más pronunciada de la física por el conjunto de la metafísica o de la química por la física, sobre todo de la biología por la química, y en fin en la disposición constante de los más eminentes biólogos a concebir la ciencia social como un simple corolario o apéndice de la de ellos. Es por doquier el mismo vicio radical, el abuso de la lógica deductiva. (*Disc. s. el conj. del posit.*, p. 50).

Y sin embargo hay una

> dependencia necesaria de los fenómenos menos generales hacia los más generales, de donde resulta una legítima influencia deductiva. (Id. p. 49).

En efecto, Comte se ha limitado siempre a señalar, de una parte las diferencias entre las formas de experiencia —sobre las cuales insiste— y de otra parte, las transiciones. Cada una de las

> ramas esenciales de la filosofía abstracta (las seis ciencias fundamentales) aunque muy distintas de las dos adyacentes en su parte central, se adhiere profundamente a la precedente por su origen y a la siguiente por su fin.

y el mismo principio permite la clasificación interior a cada ciencia. (Id., p. 42). Dice que una clasificación de las ciencias es necesariamente artificial (*Curso*... p. 46), nota la existencia de esponjas metálicas como ejemplo de acción de la estructura en el dominio de la materia bruta (Id., p. 197), marca la animalidad propia a las primeras sociedades humanas (V. anteriormente p. 30-33), admite en una cierta medida la supervivencia del método precedente en el dominio experimental inmediatamente más complejo 33). El define los *fenómenos* por las leyes simples y abstractas, los *seres* como "conjuntos de fenómenos o sistemas de existencia" puesto que "si todas las leyes abstractas nos fueran conocidas" podríamos deducir el orden concreto, a menos que

33) Véase, p. e. *Curso de fil. posit.*, lecc. 40 sobre la experimentación especialmente adaptada al estudio de los fenómenos físicos, vale también en química y es casi inoperante en biología (p. 168), sin estar por ello absolutamente condenada (al menos en principios) (p. 173). V. también la continuidad de la ciencia a propósito de la biología en sus relaciones con otras ciencias en la misma lección.

el comprender la deducción no exceda a nuestra inteligencia 34).

En una correspondencia con d'Eichtal, esta posición se precisa. Se encuentra, ante todo, en una carta del discípulo al maestro:

> ...él tiene la cabeza más filosófica. Aunque un poco excesivamente "materialista" (usted ya me entiende), es decir físico (*Revista Occidental,* 1846, p. 228).

Ahora bien, se trata de un biólogo.

Pero, sobre todo, refiriéndose a la crítica de Herder, hecha por Luden:

> ...En Herder el espíritu no está en modo alguno presupuesto, mas parece que él hace producirse el alma por la producción del cuerpo... etc.

D'Eichtal comenta: "Estos son reproches a la gloria del acusado" (*Id.* p. 231). Y Comte responde: "Estoy completamente de acuerdo con usted" (*Id.* p. 235).

Ciertamente que Comte es idealista en sociología. Ya he insistido bastante hace poco sobre el carácter abstracto, limitado, escolástico, que da a su concepción de la historia, la ley de la inteligencia que la comprende, para poder considerar aquí el hecho como evidente. Pero esta actividad mental, tan perfectamente independiente en su ejercicio, tiene sin embargo su origen en la actividad cerebral. Comte era el amigo de los frenólogos, particularmente de Broussais. Su idealismo sociológico no trata de romper con la biología, destaca sólo la originalidad de una función esencialmente contemplativa. Una vez el hombre dado, los ideales conducen los acontecimientos 35).

Cierto es, sin embargo, que fuera de todo mecanicismo no hubiera podido ser aceptada por Comte una concepción materialista de la naturaleza. Recuérdese su antipatía por el problema planteado por Lamarck, cuando él ponía en tela de juicio la investigación proscrita de los orígenes; ¿no se trata de la cuestión de otro dominio prohibido, el de "la esencia íntima de los fenómenos? Luego, si un idealismo histórico puede ordenarse con una determinada concepción transformista, si la eficacia de la economía en la vida social puede conformarse con estar apoyada en

34) *Disc. s. el conj. del posit.* p. 38. Nótese que los textos citados más arriba y aquí son de fechas distantes que van desde 1830 a 1848.

35) Lo que no impide a Comte caracterizar la presencia del hombre en el mundo, en tanto que especie animal, por su continuïdad histórica y por su potencia progresiva de reacción propia para adaptarse al medio exterior. Así se hace posible la subordinación de la vida vegetal "a la vida animal", es decir, a las formas de actividad superior. (*Curs. de fil. posit.* p. 153 y, sobre todo, p. 156-157).

una determinada noción de la inteligencia, no es menos cierto que la continuidad, no solamente lógica, sino *real* en la experiencia, tiene necesidad del evolucionismo; negarse a establecerla es reservar al mismo tiempo la respuesta explícita sobre la unidad del mundo. Y esta reserva la tiene Comte, esencialmente. ¿A quién corresponde, por tanto, esta timidez de pensamiento? Hay agnósticos por miedo al materialismo. Comte también ha retrocedido en verdad ante el materialismo, por agnosticismo.

Comte ha sido agnóstico, es cierto; pero aquí también hay que hacer distinciones. Ante todo, él afirma de vez en cuando —o parece afirmar sin reservas— una real discontinuidad de los fenómenos, en las mismas obras en que se supone una continuidad profunda, como acabamos de ver:

> La *matemática concreta*, que tiene por objeto descubrir las ecuaciones de los fenómenos, parecería *a priori*, tener que estar compuesta de tantas ciencias distintas como existen categorías *realmente diferentes* para nosotros entre los fenómenos naturales... 36). Una juiciosa exploración del mundo exterior la ha representado como hallándose mucho menos ligado de lo que lo supone o lo desea nuestro entendimiento... No sólo las seis categorías fundamentales que distinguimos seguidamente entre los fenómenos naturales no podrían ciertamente ser todas comprendidas en una sola ley universal; sino que llega el caso de asegurar ahora que la unidad de explicación... hacia cada una de ellas tomadas separadamente, nos está finalmente vedada (*Disc. s. el esp. posit.* p. 35-36).

Se duda de todos modos en admitir una contradicción tan grosera; y sobre este punto preciso: el encadenamiento de los fenómenos a partir de la física inorgánica, el contexto o una lectura más detenida ("categorías realmente diferentes *para nosotros*") no dejan lugar a dudas; las separaciones señalan aquí, o bien transformaciones cualitativas radicales, pero que no se oponen a transiciones por progreso cuantitativo (*Curso*... p. 82), o bien una imposibilidad *de hecho* para deducir los fenómenos unos de otros. De esta imposibilidad ya se ha tratado (*Crítica del materialismo*, p. 60-61). Un verdadero agnóstico *de grado*, de orden práctico, está obligado a condenar

36) *Curso*... p. 76. Subrayada la primera vez por Comte, la segunda por mí. Pero véase en la misma lección cómo está constituída la vida "esencialmente" por una "agitación continua de moléculas en los cuerpos", p. 84. Agitación de la que las leyes no se nos escapan sino en razón de una complejidad demasiado grande (p. 86-87).

absolutamente y para siempre ciertas empresas que por su sola complejidad sobrepasan los medios de "nuestra débil inteligencia" (V. *Curso*... p. 82). No obstante, por otra parte —pero en textos de la misma fecha, en las mismas obras—, existe evidentemente un agnosticismo radical. Si la continuidad de los fenómenos no es fundamentalmente puesta en duda, se encuentran corrientemente fórmulas tales como ésta: la substancia se nos escapa tanto en la causa primera como en la final.

> Cuando se quiere penetrar el misterio insoluble de la producción esencial de los fenómenos (*Disc. s. el conj. del posit.* p. 46).

El espíritu positivo se opone al espíritu metafísico porque ha circunscripto sabiamente sus investigaciones y renunciado a la vana pérdida de tiempo consagrado a los problemas absolutamente inaccesibles... Así es que para él esos problemas conservan un sentido; un pensamiento capaz de verificar sólo relaciones en la experiencia, no penetrará nunca más allá de los *fenómenos*: es superficial por esencia. Aquí la diferencia con Kant no es más que de proporción.

Comte es agnóstico, a mi parecer, por dos razones. Una, de orden intelectual, sólo concierne al agnosticismo radical: él es bastante dialéctico para rechazar el único materialismo que puede con-

cebir, él que niega la originalidad verdadera de los procesos más complejos; es bastante mecanista para despreciar, por familiaridad con la "cosa en sí", el valor de un conocimiento científico formado de relaciones. La otra se refiere al constructor de la sociedad que tiene miedo de la anarquía mental: él no está bastante seguro de su doctrina, incluso sobre el plano especulativo 37), para darle en ciertos puntos la forma cerrada de un catecismo. El gran dogma, es la determinación universal. Esto puede ser comprendido a condición de no ser excesivamente curioso, de no formar hipótesis sobre la intimidad de los fenómenos, de no tomar medidas demasiado rigurosas que hicieran aparecer como una irregularidad decepcionante la complejidad de los hechos y recelar de las leyes en extremo simples 38). El terror de las discusiones "metafísicas" le produce la fo-

37) En lo que concierne a la aplicación de la teoría a la práctica, no ignora él las decepciones técnicas y consagra la clase de los ingenieros a realizar las deducciones sacadas de la ciencia. V. *Curso*... p. 37-38.

38) Sobre la hipótesis, véase, p. e. que él nos da la idea timorata que se hace de la hipótesis en biología: *Curso*... p. 215. Sobre el rigor numérico de las leyes biológicas y también químicas, v. *Curso*... p. 84-85 y 89. Condena el cálculo de probabilidades: *Disc. s. el conj. del posit.* p. 28; v. sobre las estadísticas en biología (triunfo del "empirismo absoluto") el *Curso*... p. 220; él no veía su conciliación con el determinismo.

bia de las teorías científicas excesivamente audaces o de las observaciones muy minuciosas.

Nada más evidente que su mecanicismo es responsable de su agnosticismo: si nuestras teorías tienden hacia la "representación exacta" de los objetos exteriores, en ningún caso, sin embargo, "la verdadera constitución de cada uno de ellos puede ser plenamente apreciada". La "representación" de los objetos responde al carácter contemplativo del conocimiento; "la verdadera constitución de cada uno de ellos" responde a la esencia inmutable de las *cosas;* las leyes son *relaciones*: he aquí la idea tradicional que detiene el impulso de la investigación. Por naturaleza el espíritu humano no puede conocer las substancias y es preciso desconfiar de toda empresa por poco pretenciosa que sea a este respecto.

Este mecanismo incontestable no impide a Comte haber tomado obscuramente diversos elementos de una dialéctica. ¿Y cómo podría ello ser de otra manera en un filósofo de la história? Por doquier ha tratado de constituir una dinámica al lado de una estática. La misma divisa del positivismo: "Orden y progreso" expresa una verdadera síntesis que sobrepasa el antagonismo de los retrógrados y los revolucionarios; síntesis que no tiene nada de común con la "conciliación empírica" de un Víctor Cousin, la cual

no puede nunca producir más que una síntesis radicalmente contradictoria, no menos absurda y no menos peligrosa en política que lo es en filosofía el *eclecticismo* correspondiente, inspirado así mismo por una vana intención de conciliar, *sin principios propios* 39), opiniones incompatibles.

Por el contrario, el positivismo *se apropia* el espíritu católico de la Edad Media y el espíritu revolucionario de la Convención: por esto los *sobrepasa* y los hace caer en desuso (*Disc. s. el conj. del posit.* p. 106). El título de conservador, primeramente símbolo de retrogradación, convino después a los jefes salido del campo revolucionario "de una manera que hace resaltar su aptitud final para designar el partido capaz de *sobrepasar* a los otros dos" (*Llamamiento a los conservadores*). El movimiento moderno tiene que *sobrepasar* los hábitos retrógrados y las tendencias anarquistas (*Id.* p. 38).

Junto a la idea de síntesis se encuentra también la de interacción. Ella es particularmente destacada cuando se trata del "consensus vital"

39) (Subrayado por mí). *Disc. s. el esp. posit.* Comte presenta la revolución como *la base experimental del progreso* puesto que, rechazando las teorías psíquicas y oscilatorias, se puede entonces entrever, en una perspectiva lejana y confusa, *un tercer término esencial.*

o del "consensus social", pero aparece ya en los cuerpos toscos, como en meteorología (*Curso*... p. 86). La dificultad de aflicar estrictamente relaciones abstractas a los fenómenos, se expresa también por la naturaleza siempre artificial de las clasificaciones (*Id.* p. 46).

Se encuentra igualmente la concepción de un desenvolvimiento "en espiral", en el que se produce un cierto retorno de las formas del pasado con nuevas modalidades: el comunismo de Marx se presenta a veces como una variación moderna del comunismo primitivo; del mismo modo la sociedad positivista reanudará, para darle la perfección de que la historia le ha hecho capaz, el admirable esbozo de la Edad Media (*Disc. s. el conj. del posit.* - p. 81-84).

Comte, en fin, parece estar muy cerca de la concepción dialéctica cuando después de haber situado en principio el valor metodológico general de las matemáticas, expresa la legitimidad del paso de la cantidad a la cualidad: entre esas dos categorías hace Kant una "distinción superficial y metafísica". Descartes lo ha mostrado bien tratando la geometría cualitativa por el álgebra (*Curso de fil. posit.* p. 82).

No obstante, por no haber destacado toda la originalidad del cambio, Comte ha perdido el beneficio de tantas perspectivas interesantes.

El carácter histórico de las creencias y de la vida social se borra o poco menos cuando una ley simple comprende toda la evolución, reducida en último lugar a un estado definitivo. La distinción entre una estática y una dinámica es imperfecta si se sitúa previamente la estática como un primer tiempo aislable; si no se hace de la identidad un caso particular del cambio. La idea de síntesis, si bien entrevista, es algunas veces amasada con una especie de manía que se encariña con el número tres. Por lo demás Comte no duda en agregar un tercer término: Amor —que no podría ser una síntesis—, a los dos primeros que formaban antítesis: Orden y Progreso. De la idea de interacción o de "consensus", Comte no deduce sino "prohibiciones": prohibido experimentar en psicología (*Id.* p. 168), prohibido introducir leyes numéricas en la química de los fenómenos vitales (*Id.* p. 219), y posiblemente también en la parte más complicada de la física inorgánica 40). La complejidad causal nunca se ha llegado a alterar en su aplicación a la ley de los tres estados. De otra parte, si la gran escala enciclopédica de

40) *Curs. de fil. posit.* p. 83-84. V. sobre todo la lecc. 37 consagrada al examen de la ley de las proporciones definidas. Comte formula reservas sobre la importancia y la justeza de la ley; para admitirla definitivamente reclama que se verifique, en los casos de disolución, la aleación metálica y de combinación química orgánica (p. 82-92).

las ciencias es artificial, como toda clasificación, ella es, a pesar de todo y *definitivamente*, la mejor posible: aquí también el porvenir está cerrado; la geometría, simple e independiente, asentará absolutamente el espacio euclidiano sin preocuparse de los demás fenómenos; la cinemática ocupará el segundo lugar con su tiempo absoluto; la dinámica, con su masa absoluta, el tercero; en fin, la óptica y el resto de la física llegarán a sobreponerse, esencialmente dependientes de la mecánica 41). Sin embargo Comte hace una objeción: los fenómenos astronómicos son conocidos por fenómenos ópticos; ¡pero él la estima secundaria y por siempre! El porvenir se encargó de desmentirle. Prácticamente, en fin, los cortes se han ahondado entre los diversos dominios de la experiencia.

Si se trata de destacar los elementos originales y fecundos del positivismo, puede encontrarse en sus principios un afán de lograr la realidad concreta buscándola en la experiencia y en el tiempo: mas, inversamente, se podrían trazar los rasgos de un Augusto Comte estrechamente dogmático, formulista y escolástico. Él tuvo hasta el punto más elevado, el cuidado de dar una enseñanza tajante, bien subdividida, y de limitar minuciosamente el porvenir. La lista de lo que es "radicalmente imposible"... "necesariamente inaccesible"... "vedado para siempre"... ¡sería larga de hacer! Ante todo, domina la preocupación de "¡circunscribir nuestra prudente intervención!"... Puede presentarse fácilmente un Comte levantado contra el impulso de la ciencia, dedicado a inmovilizarla. La obra está ya realizada y los textos recopilados; tómese la obra *Identidad y realidad*, de Emile Meyerson, y se encontrará el pasaje que veda la investigación "quimérica y ociosa" de la constitución química de los astros. En el *Racional*, p. 99-103, Gastón Milhaud establecía una larga lista de ucases prohibiendo investigaciones, sobre todo matemáticas, en diversas direcciones. Comte ha condenado a Fresnel y la óptica ondulatoria, a Lamarck y la evolución. Por su única complicación de cálculo ha clasificado problemas matemáticos fuera del alcance permitido al espíritu humano (*Curs. de fil. posit.* p. 86).

41) V. esta crítica de la clasificación positiva de las ciencias, hecha por Langevin en una conferencia sobre la teoría de la relatividad. *Boletín científico de los estudiantes de París*, abril-mayo, 1922.

Yo quiero invocar tres ejemplos para señalar este aspecto "negativo", si podemos llamarlo así, del positivismo.

Ante todo, a propósito del mecanicismo. He aquí una magnífica representación, digna de los viejos doctrinarios de la introducción de gêrme-

nes, que Augusto Comte se forma de las exigencias lógicas de la tesis evolucionista:

> Desde el punto de vista puramente estático, una tal concepción obligaría a considerar la primera formación animal como conteniendo, al menos en estado rudimentario, no sólo todos los tejidos —lo que es admisible hasta cierto punto, de acuerdo con su reducción fundamental a un tejido único generador—, sino también todos los órganos y todos los elementos, lo que es ciertamente contrario al conjunto de cotejos anatómicos [42].

Veamos ahora el terror de la ambición metafísica:

> Poco satisfechos de haber concebido todos los tejidos orgánicos como reductibles a uno solo, esos espíritus ambiciosos han tratado de penetrar más allá del término natural de la analogía anatómica, esforzándose por formar el tejido generador mismo por el quimérico e ininteligible acoplamiento de una especie de mónadas orgánicas que serían, desde luego, los verdaderos elementos primordiales de todo el cuerpo viviente. El abuso de las investigaciones microscópicas y el crédito exagerado que se ha concedido con demasiada frecuencia también a un medio de exploración tan equívoco, contribuyen sobre todo a dar una cierta especiosidad a esta fantástica teoría, surgida por lo demás, evidentemente, de un sistema en esencia metafísico de filosofía general. Ello sería lo que parece imposible de imaginar, en el orden anatómico, una concepción más profundamente irracional, y que fué más apropiada para entorpecer directamente los verdaderos progresos de la ciencia. (*Curs. de fil. posit.*, p. 279).

42) Ibd. p. 298. "Desde el punto de vista puramente estético...". El texto señala también la naturaleza mecánica, opuesta a todo cambio real, de ésta estática independiente. Se encuentra otra confirmación en la reciprocidad concebida por A. Comte entre la estática y la dinámica, la anatomía y la psicología.

¡Es difícil ser peor profeta! Teoría celular, evolución: recuérdese hasta qué punto esos acontecimientos científicos han actuado sobre la dialéctica materialista.

Finalmente, en tercer lugar, recordemos también la declaración ingenua por la que Augusto Comte ha situado la ley de los tres estados por encima de todo posible ataque proveniente de los hechos: semejante actitud es explícita. ¡El sentido del porvenir, y no solamente por una razón de fechas, no pertenece decididamente al positivismo!

* * *

Y sin embargo el pensamiento científico del

siglo XIX, y también del XX, está inspirado en esta doctrina. Es porque había en él un fermento activo al lado de elementos esterilizantes; nociones fecundas de una parte, y, de otra, hábitos del pensamiento, un carácter intelectual de profesor maniático. El positivismo se ha desarrollado haciendo crujir los marcos molestos.

Yo tomaría como ejemplo a Claude Bernard, casi contemporáneo de Comte (1813-1878) y que se ha adjudicado el pensamiento positivista.

De este pensamiento conserva: la ley de los tres estados —de la que por otra parte no había de servirse sino simbólicamente 43)—; la creencia en el determinismo integral, más claramente expresado todavía que por Comte: él le da un carácter absoluto y lo relaciona con un cierto racionalismo más kantiano que positivista 44).

43) V. *Introducción al estudio de la medicina experimental;* en el razonamiento experimental, el estado imaginativo da nacimiento a la idea directriz; el estado abstracto hace deducir el hecho verificador, el estado positivo lo realiza.

44) *Del principio del criterio experimental. Introducción...* p. 84-90. Pero, por otra parte, hay expresiones más positivistas de este racionalismo: "La excepción es imposible: *Introducción...* p. 110-111. Los "medios" no son elementos de la ciencia verdadera (igual error de interpretación que el cometido por Comte sobre el cálculo de probabilidades): *Introducción...* p. 213-215-216 y 223. "Hay "hechos absurdos", *Introducción...* p. 276-284.
Pero la teoría debe inclinarse ante el hecho bien establecido: *passim.*

En su propio dominio —la psicología— Claudé Bernard tiene principios comparables a los de Augusto Comte: determinismo riguroso, *consensus* de una complejidad extrema, haciendo particularmente difíciles la experimentación y el establecimiento de la ley cuantitativa (*Introducción...* p. 140-41); fenómenos originales creados por ese *consensus*: tales son las suplencias funcionales (*Id.* p. 202); autonomía relativa del organismo sin que él goce jamás de independencia, fundamentalmente en relación de un medio (*Id.* p. 100-102). Por lo demás, Claude Bernard también es agnóstico; pero no lo es bajo dos aspectos, como Comte, y precisaré esta diferencia a continuación.

A pesar de tantas bases comunes, él se rebela en nombre de las necesidades del progreso científico contra el dogmatismo del positivismo. Reivindica el derecho a la experimentación en psicología. Esta es difícil, pero no imposible: el devenir de la invención no puede nunca ser circunscrito en una fórmula; el porvenir que reserva la elaboración continua de la experiencia por el pensamiento está formado de sucesivas renovaciones que no podrían deducirse de un estado dado de la ciencia. Reivindica por consecuencia los derechos de la hipótesis audaz, la que demolía las "teorías en curso": ella es un instrumento que debe penetrar los hechos y que se debe rechazar como un

bisturí mellado, tan pronto como cesa de sondear en la experiencia (*Introducción*... p. 66). El progreso de la ciencia debe tener lugar por tanto por transformaciones y no solamente por adiciones. Y esas revoluciones del pensamiento se obtienen por la observación cada vez más minuciosa y más rigurosa de los hechos 45): otra infracción a los dogmas de Comte. Pero las dos herejías están ligadas: ¿Qué temer de esta minucia y de este rigor, puesto que no duda en modificar las teorías y también las leyes? En fin, Claude Bernard reclama el derecho de no detenerse ante ningún problema si la ingeniosidad experimental permite abordarlo: así la síntesis de la materia albuminoide (*La ciencia experimental*, p. 206-207), el determinismo del sexo (*Id.* p. 139), la creación de especies orgánicas nuevas (*Id.* p. 140) podrían ser abordados en el futuro. En un artículo sobre "las funciones del cerebro", escribe

> ...Lo que nos importa es saber si la ignorancia en la que nos hallamos a este respecto (la formación del pensamiento; —el texto tiene una tendencia mecanicista—) es una ignorancia relativa que desaparecerá con el progreso de la ciencia, o bien si es una ignorancia absoluta en el sentido de que se tratara aquí de un problema vital que debe quedar fuera para siempre de la fisiología. En lo que a mí respecta, rechazo esta última opinión, porque no admito que la verdad científica pueda fraccionarse así (*Id.* p. 372).

45) "Yo no admito por tanto la filosofía que pretenda asignar límites a la ciencia". V. *La ciencia experimental*, p. 89-95. "Carácter temporal de las dificultades de precisión cuantitativa: *Introducción*... p. 205-206.

Ese respeto a la experiencia, ese sentido de los cambios profundos llevados a la ciencia humana por su desenvolvimiento histórico, esta confianza en su poder indefinidamente creciente, se hallan asociados, como ya he dicho, a un agnosticismo netamente expresado y a una orientación más espiritualista que la de Comte, pero que se confunde bastante con lo que ya he calificado en Comte de "agnosticismo *radical*". Está fundado también en el carácter *activo* del pensamiento científico —"el hombre puede más de lo que él sabe" (*Introducción*... p. 31)—, desvalorizado por mantener la noción de *esencia íntima*. Dicho de otro modo, a pesar de un sentimiento penetrante de las transformaciones ilimitadas y verdaderamente nuevas que aporta el tiempo; a pesar de una noción de las interacciones y de su importancia, tan profunda que la disolución de la "cosa" en proceso parece algunas veces ser alcanzada 46),

46) "Una glándula salival, por ejemplo, *no existe* sino por estar en relación con el tubo digestivo y porque sus elementos histológicos se hallan en ciertas rela-

es preciso que veamos aquí el respeto de la abstracción capaz, en derecho, de agotar de una vez todo el devenir de un cuerpo, y donde nunca el éxito práctico de una idea ofrecerá el equivalente. Desde este punto de vista, el saber se distinguirá siempre del poder.

Sin embargo, toda su audacia de pensamiento lleva a Claude Bernard a utilizar su agnosticismo para operar con hipótesis puramente ideales. El se cree con derecho a hacerlo sin molestar a la ciencia: piensa que una interpretación finalista de la vida, e incluso del mundo (*La ciencia experimental,* p. 117), es inatacable con la experiencia, puesto que ella no influye sino sobre la naturaleza extraordinaria de un acercamiento de hechos que se encuentran uno a uno, rigurosamente determinados (*Introducción*... p. 147-148); y esta ausencia de interferencia posible con la investigación deja a la vista del pensamiento, un valor que no es sino mental: "todo sucede como si..." (*La ciencia experimental,* p. 209-211).

Pero al tomar una tal posición, él también cierra el porvenir. Los problemas que sitúa fuera del

ciones entre sí y con la sangre". *Introducción al estudio de la medicina experimental,* p. 105. (Lo subrayado es mío y la frase que precede a esta cita la atenúa un poco).

campo de la experiencia son, el equilibrio del mundo —la armoniosa formación de los organismos, su adaptación—, la finalidad inventiva del pensamiento y su propiedad de ser consciente. Ahora que, para situarse en el dominio de Claude Bernard, el segundo de ellos está ya atacado en el plano de los hechos. La embriología causal busca en la complejidad del huevo en desenvolvimiento el determinismo, no de tal o cual órgano, sino de la forma viviente completa y de la solidaridad de sus elementos. La existencia del huevo mismo y de las notables propiedades contenidas en el protoplasma germinal, plantean un nuevo problema. Se busca la solución mediante la idea de selección natural, lo que se traduce experimentalmente en estadísticas de mortalidad, la existencia estable de un protoplasma aparece entonces como un éxito excepcional entre millones de fracasos.

El problema de la finalidad renace también, bajo una forma muy diferente, a propósito de la conciencia y así mismo de la actividad psíquica más obscura. No se puede asegurar que hay una adaptación *hallada,* allí donde, con toda evidencia, la adaptación es más y más *buscada.* Es preciso entonces interrogar de nuevo a la experiencia; apegarse a las modalidades nacientes, a los primeros signos adaptables del proceder animal; considerar en el hombre su reacción parti-

cularmente eficaz al medio 47); mostrar cómo la realización de las intenciones precede a su pleno conocimiento y ayuda a destacarlo. Aun cuando las dificultades —no podemos negarlo— sean aquí mucho mayores, la solución no está en abandonar la partida y entregarse al agnosticismo o a un juego de hipótesis incontrolables. He aquí a dónde conduce la ciencia espontáneamente. El materialismo dialéctico, que no cierra ninguna puerta, ofrece por tanto el método de trabajo más fecundo.

* * *

De este modo ha traicionado un poco Augusto Comte lo mejor de su doctrina y ha habido positivistas más consecuentes que él. Propuso una filosofía fundada en la historia: él la erizó de obstáculos definitivos, de prohibiciones radicales; ha tratado de circunscribir rigurosamente el porvenir. Propuso una filosofía fundada en la experiencia, y la falseó por respeto a ciertos conceptos, "naturaleza de la inteligencia humana", por ejemplo. Maneja las esencias —esencias dogmáticamente fundadas en clases de hechos— superficialmente estudiadas. Es ciertamente menos dialéctico que Descartes, que desconfiaba del verbalismo, de las falsas simetrías, de las formas externas a las ideas. Comte tiene a veces el aire de un superviviente de la Escuela, cuando es solamente candidato a una cátedra de la Politécnica: parece entonces, como se ha dicho muy bien, que forma el plan de la ciencia futura como el programa anual de los cursos para una promoción X. Propuso una filosofía de la verificación —saber es prever— que conduce al poder: prever es poder. Y la ha concebido en una forma estrictamente contemplativa, sin tener en cuenta la inspiración práctica 48), sin conceder su participación a las sugestiones llegadas de las necesidades humanas y sociales. El ha elevado

47) Aquí tampoco escapa el hecho a Claude Bernard ("el hombre puede más de lo que sabe"), ni tampoco a Comte ("pero, en el hombre mismo, esta admirable inversión del orden general del mundo viviente—cada vez más dependiente del medio en razón de su complejidad orgánica, hasta que él mismo modifica su medio— no comienza a hacerse comprensible sino con ayuda de un desarrollo muy notable de la inteligencia y de la sociabilidad..." *Curso*..., p. 156. Mas para Claude Bernard, esta naturaleza activa de la inteligencia tiene su limitación; para Comte esta actividad se distingue absolutamente de la especulación contemplativa que la precede y la permite: ella es el segundo tiempo, dinámico, claramente distinto del primero, estático. Ninguno de los dos autores descubre el valor especulativo de la acción misma; el valor expresivo del éxito; el lazo que puede ser también establecido entre el conocimiento y la acción, el pensamiento y la realidad.

48) O muy poco... Ver lo que dice él en uno de los pasajes más explícitos sobre este punto (*Curso*... p. 146-147) a propósito de las relaciones entre la psicología y la medicina.

ante su pensamiento un objeto de experiencia estable, idéntico a sí mismo, sobre el cual el movimiento —y también el cambio— venía demasiado tarde a colocarse superficialmente, mientras que la "esencia íntima" se sustraía: de tal suerte que en dos ocasiones sucesivas se realizaban: la causa, que produce el movimiento, y el efecto que resulta de él. A pesar de todo, reconoció el carácter complejo de lo concreto, los choques de retroceso, los ciclos de acción y de reacción, pero trató de alucinar con ellos para salvar la simplicidad de las leyes.

Razones individuales deben ayudarnos a explicar esas debilidades toda vez que la ciencia positiva se ha liberado particularmente de ellas en su desenvolvimiento. Ella ha puesto también en claro lo que responde, en esta filosofía, a las exigencias verdaderas del pensamiento en pugna con la realidad.

Todo lo que atañe al "agnosticismo de grado" es tan poco en la lógica del positivismo, que lleva a crear aquí la noción bastarda del absoluto relativo; a dar un último límite a progresos indefinidos; "es *en la práctica, rigurosamente* imposible ir más allá de...": así es como se expresa la idea. De esta actitud restrictiva, por el mismo empuje de su desarrollo, se ha desembarazado la ciencia sin pesar, y siempre bajo el signo

del positivismo. Es un hecho que el progreso científico ha podido realizarse durante un siglo, sobre un fondo de concepciones positivas. Augusto Comte era un maniático autoritario y doctoral hasta un punto —como nos lo ha probado— literalmente patológico 49): con él mismo nos ha dado a veces su caricatura; flexible y abierto por el contenido de sus principios, fué dogmático y mezquino por su carácter intelectual. Pero fueron sus principios los que le han perdurado. Claude Bernard no ha sido aquí sino un ejemplo. Toda la ciencia contemporánea, toda la filosofía científica ha continuado llamándose positiva. Ella entendía por esto: no referirse sino a la experiencia racional interpretada.

Pero conservaba también el agnosticismo "radical", que mengua la ciencia de las relaciones a nombre de la substancia idéntica a sí misma; que subestima la potencia del pensamiento a nombre de un cierto ideal de contemplación inmóvil. A pesar de ello, una estratagema ha preservado esta filosofía de la esterilidad. Gracias a la fórmula cómoda "todo sucede como si...", ella se ha permitido el lujo de hipótesis que hubieran ciertamente parecido a Comte demasiado penetrantes y "metafísicas". Es por eso que ha po-

49) Sobre los "episodios cerebrales" de Comte, véase Dumas: *Dos mesías positivistas.*

dido hacer reventar los marcos rígidos, romper las barreras levantadas por el fundador del positivismo, sin romper con la doctrina. Ella ha trastornado las teorías; ha tomado un carácter pragmático, al menos en lo concerniente a las concepciones de conjunto, verdaderas porque son "convenientes". Más aún: en esas cualidades humanas y prácticas de bienestar, de fecundidad, de poder explicativo, ha terminado por ver las garantías del valor *expresivo* de las ciencias respecto de la realidad: lo que significa un retroceso del agnosticismo.

Hemos visto, no obstante —a propósito de Claude Bernard—, que sólo el materialismo dialéctico presta la osadía de abordar todos los problemas sobre el plan experimental. Tiene el valor de un método si no tiene aun el de una tesis establecida por doquier; es decir, si encuentra todavía grandes dificultades que abordar. Es el método hacia el cual se orienta inconscientemente, al parecer, la ciencia contemporánea. Sólo él acaba de conceder sus derechos a la reflexión experimental.

En cuanto a la superioridad del marxismo sobre la filosofía positiva en el dominio de la sociología aplicada —el dominio activo y concreto por excelencia—, pienso que es una empresa difícil de acometer. Por ahora, la evidencia del des-

envolvimiento histórico, la experiencia de las crisis, todo viene en apoyo de Marx. Sólo él ha comprendido sin duda las condiciones reales y no utópicas de la liberación humana: no por haber reducido las necesidades a sus formas inferiores, sino por haber visto la necesidad de poner estas en primer término.

ALGUNAS OBRAS RECIENTES

☆

LA GRAN CONSPIRACION (La guerra Secreta contra la Unión Soviética), por *Sayers* y *Kahn.*

EL NACIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS, por *Francis Franklyn.*

¿QUE ES LA FILOSOFIA?, por *Howard Selsam.*

LA NATURALEZA DEL CAPITALISMO, por *Anna Rochester.*

DIEZ ENSAYOS SOBRE LA REVOLUCION FRANCESA, por *Thorez, Duclós, Peri, Solomon, Bruhat, Fajón, Bouthonnier, Politzer, Prenant* y *Billiet.*

Colección "Ciencia Nueva"

LA HERENCIA Y SU VARIABILIDAD, por *T. D. Lysenko.*

LA PROLONGACION DE LA VIDA, por *Alexander A. Bogomolets.*

Colección "El Marxismo al Día"

MARX COMO ECONOMISTA, por *Maurice Dobb.*

MARXISMO E IDEALISMO MODERNO, por *John Lewis.*